LAS LEYES SOCIALES

POR

G. TARDE

MIEMBRO DEL INSTITUTO Y PROFESOR DEL COLEGIO DE FRANCIA

TRADUCCIÓN

DE

G. Núñez de Prado



BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
CALLE DE VALENCIA, 275 y 277.

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS

BUENOS AIRES
MAUCCI HERMANOS É HIJOS

PROLOGO

He procurado dar en este libro, que entraña el fondo de muchas de mis conferencias celebradas en el Colegio libre de ciencias sociales en Octubre de 1897, no solamente el resumen, quinta la esencia de mis tres principales obras de sociología general *Las Leyes de la imitación*, *Oposición universal* y la *La Lógica social*, sino también y sobre todo, la relación que existe entre ellas y el lazo íntimo que las une. Esta conexión, que ha podido escapar fácilmente al lector de los libros indicados, está puesta aquí de relieve, por consideraciones de un orden más general que permiten, según creo, abarcar en una sola ojeada aquellos tres fragmentos de una sola idea, separadamente publicados. Se me dirá, tal vez, que hubiera sido mejor presentar desde luego en un todo sistemático lo que he dividido en tres publicaciones; pero, aparte de que las obras muy voluminosas espantan, con alguna razón, al lector contemporá-

neo, ¿á qué conduce fatigarnos con la elaboración de estas construcciones unitarias y completas? Los que siguen nuestra labor, sin más idea que la de demoler esta construcción para utilizar los materiales y erigir con ellos un pabellón independiente, pueden ahorrarse el trabajo de esta demolición y limitarse á hacer una manifestación fragmentada de su pensamiento. A pesar del método de los espíritus singulares que se complacen en reconstruir lo que encuentran en estado fragmentario, como del sistema de los que se dedican á romper y diseminar lo que se le presenta acabado, no es inútil, quizá, juntar á las partes esparcidas de una obra, un dibujo, un boceto, algo que indique el plan de conjunto que se hubiera querido ejecutar, si se hubiese contado con fuerza y audacia suficientes. He aquí toda la razón de ser de este libro.

G. T.

INTRODUCCION

Al recorrer el museo de la historia siguiendo la sucesión de sus cuadros extraños y heterogéneos, al viajar á travès de los pueblos, tan múltiples y diferentes, la primera impresión del observador superficial es la de que los fenómenos de la vida social escapan á toda fórmula general, á toda ley científica, y que la pretensión de fundar una sociología es una quimera. Pero los primeros pastores que observaron el cielo estrellado, los primeros agricultores que trataron de adivinar los secretos de la vida de las plantas, debieron experimentar la misma impresión ante el luminoso desorden del firmamento, la múltiple variedad de sus meteoros, como al observar la exhuberante diversidad de las formas vegetales ó animales; y la idea de explicar el cielo y las selvas por un pequeño número de nociones lógicamente encadenadas bajo el nombre de astronomía y de biología, si esta idea hubiera podido ocurrírseles, habría parecido á sus ojos el colmo de la extravagancia. Con efecto: no se echa de ver una disposición menos complicada en la irregularidad real y en el capricho aparente en el mundo de los meteoros ó en las selvas vírgenes, que en las páginas de la historia de la humanidad.

¿Cómo, pues, á despecho de esta diversidad tan manifiesta en la constitución del firmamento como en la de nuestro globo, en las cosas físicas como en las cosas animadas, se ha podido crear y engrandecer poco á poco un embrión de mecánica ó de biología? Existen tres cuestiones principales que deben distinguirse con mucha claridad para llegar á tener una noción completa y precisa de lo que debe entenderse por el sustantivo y adjetivo, tan usados, *ciencia* y *científico*. Desde luego, se ha comenzado por encontrar algunas semejanzas enmedio de estas diferencias, algunas repeticiones entre estas variaciones; los cambios periódicos de la situación de los astros, las estaciones, el curso regularmente repetido de las edades, juventud, virilidad y vejez, en los seres vivientes, y los rasgos comunes á los individuos de una misma especie. No existe en realidad una ciencia individual considerada como tal; no hay más que una ciencia general, mejor dicho, la del individuo considerado como repetido ó susceptible de ser repetido indefinidamente.

La ciencia es un orden de fenómenos considerados desde el punto de vista de sus repeticiones, lo cual no quiere decir que diferenciar no sea uno de los procedimientos esenciales del espíritu científico. Diferenciar, lo mismo que asimilar, es hacer labor científica. Pero no sucede lo mismo cuando la cosa de que se trata es un cuerpo *fijo* del cual sólo se ha sacado un cierto número de ejemplares, y que es susceptible aún de una edición indefinida; tal es un tipo específico cualquiera, que se caracteriza distinta y claramente, pero que, si hubiese tenido el privilegio de constituir una individualidad única en su especie y de no poder ser transmitido à la posteridad, no habría podido interesar al sabio, sino es á título de curiosidad teratológica.

Repetición significa producción conservatriz, causa simple y elemental sin facultad creadora, pues el efecto, elementalmente, reproduce la causa, como lo demuestra la trasmisión del movimiento de un cuerpo á otro, ó la comunicación de la vida de un ser viviente al engendro nacido de él. Pero no es solamente la reproducción, sino también la destrucción de los fenómenos lo que interesa á la ciencia. Así que, la ciencia, sea cual fuere la región ú orden de la realidad á que se aplique, debe investigar las *oposiciones* que en ella encuentre y que le son propias, aplicándose, pues, al equilibrio de las fuerzas, á la simetría de las formas, á las luchas de los organismos vivientes y al combate de todos los seres.

Pero esto no es todo, y ni siquiera es lo esencial. Es preciso aplicarla, en primer término, á las *adaptaciones* de los fenómenos, á sus relaciones de co-producción verdaderamente creadora. El sabio trabaja, pues, para encontrar, aclarar y explicar estas armonías. Los descubrimientos tienen por inmediata finalidad la de constituir esta adaptación superior: la armonía de su sistema de nociones y de fórmulas con la coordinación interna de las realidades.

Así, pues, la ciencia consiste en considerar una realidad cualquiera bajo estos tres aspectos: las repeticiones, las oposiciones y las adaptaciones que en realidad encierra, y que tantas variaciones, tantas asimetrías, tantas inarmo-

nías impiden ver. No es, efectivamente, la relación de la causa con el efecto, el solo elemento propio del conocimiento científico, sino también la historia pragmática, que es un encadenamiento de causas y efectos, y de la que deducimos siempre las consecuencias que tal batalla ó tal insurrección han producido, lo que compone, acaso, la más útil aplicación de la ciencia. La historia, sin embargo, como ya sabemos, no constituye una ciencia más que en la medida en que las relaciones de causalidad que nos señala, aparecen como establecidas entre una causa general, susceptible de repetición ó repitiéndose de hecho, y sin efecto general, no menos repetido ó susceptible de serlo. Por otra parte, las matemáticas no nos muestran nunca la causalidad como un hecho determinante y positivo, y cuando pretenden hacerlo, la presentan siempre disimulándola bajo la forma de una ecuación. Las matemáticas son, por lo tanto, una ciencia, y aun podríamos decir que el prototipo mismo de la ciencia. ¿Por qué? Porque en ningún otro orden se hace una eliminación más completa del lado de semejante é individual de las cosas; nunca, como en las matemáticas, se presentan estas cosas bajo el aspecto de una repetición más precisa y más definida, ni del de una oposición más sistemática. El gran defecto de las matemáticas está en no ver ó en ver mal las adaptaciones de los fenómenos. De aquí su insuficiencia, tan vivamente sentida por los filósofos y sobre todo por los geómetras, tales como Descartes, Comte, Cournot.

La *repetición*, la *oposición* y la *adaptación:* He aquí, lo repitimos, las tres llaves diferentes de

que la ciencia hace uso para abrir los arcanos del universo. Ella investiga, ante todo, no precisamente las causas, sino las leyes de la repetición, las leyes de la oposición, las leyes de la adaptación de los fenómenos. Son éstas tres especies de leyes que importa no confundir, pero que son tan solidarias como distintas. En biología, por ejemplo, la tendencia de las especies á multiplicarse, siguiendo una progresión geométrica (ley de repitición), es el fundamento de la concurrencia vital y de la selección (ley de oposición), y la producción de las variaciones individuales, de las aptitudes y de las armonías individuales diferentes, así como la correlación de crecimiento (ley de adaptación) (1), son necesarias á su funcionamiento. Pero de estas tres llaves, la primera y la tercera son mucho más importantes que la segunda. La primera y la segunda constituyen lo que podríamos llamar una ganzúa poderosa; la tercera, más delicada, da acceso á los más ocultos y más preciados tesoros; la segunda, intermediaria y subordinada, nos revela los choques y las luchas de una utilidad pasajera, especie de término medio destinado á desvanecerse poco á

---

(1) Se observará que Couvier y los naturalistas de su tiempo, incluso su mismo adversario Lamarck, han buscado sobre todo las leyes de adaptación, mientras que Darwin y los evolucionistas, sus discípulos, han examinado con preferencia los fenómenos de la vida, bajo el aspecto de sus repeticiones y sus oposiciones (ley de Maltus y ley de la concurrencia vital), aunque también se hayan preocupado, ciertamente, de la adaptación vital, que precisa tener en cuenta ante todo.

poco, aunque nunca por completo, y á no desaparecer sino parcialmente y después de numerosas transformaciones y atenuaciones.

Estas consideraciones son necesarias para indicar lo que debe ser la sociología si quiere merecer el nombre de ciencia, y por qué vías deben dirigirla los sociólogos, si es que quieren verla alcanzar decididamente el rango que le pertenece. No conseguirá elevarse ni más ni menos que otra ciencia cualquiera, sino poseyendo, y teniendo conciencia de que posee, el dominio propio de repeticiones, el dominio propio de oposiciones, el dominio propio de adaptaciones, todos característicos y de su exclusiva propiedad. No progresará sino esforzándose en sustituir siempre, como lo han hecho todas las demás ciencias antes que ella, las falsas repeticiones por repeticiones verdaderas, las oposiciones falsas por verdaderas oposiciones, las armonías falsas por verdaderas armonías, y también estas repeticiones, oposiciones y armonías verdaderas, pero vagas, por repeticiones, oposiciones y adaptaciones cada vez más y más precisas.

Repasemos, pues, sucesivamente, cada uno de estos tres puntos de vista, para comprobar, desde luego, si las evoluciones de las ciencias en general, y de la sociología en particular, se han realizado ó se realizan en el sentido que acabamos de definir imperfectamente, pero que definiremos más adelante de un modo más completo, y para indicar inmediatamente después las leyes del desenvolvimiento social bajo cada uno de sus aspectos.

LAS LEYES SOCIALES

CAPÍTULO PRIMERO

Repetición de los fenómenos

Supongámonos en presencia de un grandioso espectáculo cualquiera, el cielo estrellado, la mar, una muchedumbre, un bosque ó una ciudad. De todas las fases de este espectáculo emanan impresiones que hieren lo mismo los sentidos del salvaje que los del hombre civilizado. Pero en este último, estas sensaciones múltiples é incoherentes sugieren nociones lógicamente dispuestas, un conjunto de fórmulas explicativas. ¿Cómo se efectúa la transformación lenta de estas sensaciones en nociones y en leyes? ¿Cómo el conocimiento de estas cosas se hace cada vez más y más científico? Ambas cosas, según mi creencia, se realizan, desde luego, á medida que se descubren más semejanzas, es decir, que después de encontrar las semejanzas superficiales y aparentes, se logra hallar otras semejanzas más reales y más pro-

fundas. En general, esto significa que de las semejanzas y repeticiones en masas complejas y confusas, se ha pasado á las semejanzas y repeticiones de detalle, más difíciles de encontrar, pero más precisas, elementales é infinitamente numerosas, hasta ser infinitesimales. Y sucede que solamente después de haber percibido antes las semejanzas elementales que las superiores, más amplias, más complejas, más vagas, es cuando dichas semejanzas pueden ser explicadas y reducidas á su justo valor. Esto no quiere decir que la ciencia, al progresar, haga desaparecer, ni siquiera disminuir, en suma, la proporción de las originalidades fenomenales, de los aspectos no repetidos de la realidad. No; bajo la mirada más escrupulosa del observador, las originalidades de la masa se disipan, es cierto, pero en provecho de las originalidades más profundas y más ocultas, que van multiplicándose indefinidamente, de igual modo que las uniformidades elementales.

Apliquemos esto al cielo estrellado. Existió un principio de ciencia astronómica desde el momento en que los pastores, ociosos y guiados por la curiosidad, llegaron á observar la regularidad periódica de las evoluciones celestes, la aparición y el ocaso de las estrellas, el curso del sol y de la luna, la sucesión regular y los giros uniformes de sus caminos inmutables en la esfera celeste. Pero ciertos astros parecían constituir una excepción en la generalidad de esta única y grandiosa evolución circular: estos astros eran las estrellas errantes, los planetas, en los cuales se creyó observar una marcha caprichosa, diferente de ella misma y de las otras á cada instante, hasta que se logró

averiguar que existía regularidad en aquellas mismas anomalías. Se juzgó entonces semejantes entre sí á todas las estrellas fijas ó errantes, soles ó planetas, y no se estableció diferencia sino entre aquéllos y el sol y la luna, que eran considerados como los únicos astros sujetos á leyes distintas de las regidas á los demás.

Así, pues, la astronomía ha progresado desde el momento en que, por una parte, la apariencia de esta enorme y única rotación de la totalidad del cielo, ha sido sustituída por la realidad de una multitud innumerable de pequeñas rotaciones, absolutamente distintas entre sí, y de ningún modo simultáneas, puesto que cada una de ellas se repite aislada é indefinidamente; por otra parte, al desaparecer la exclusiva independencia del sol y ser sustituído por aquélla, más difícil de percibir, que realmente existe en cada estrella, que es otro sol de un sistema invisible y centro también de un mundo planetario análogo al conjunto de nuestros planetas.

La astronomía se ha engrandecido de un modo gigantesco con las diferencias de estas gravitaciones siderales, pues la generalidad, sin excepción alguna, sin diferencia en velocidad, distancia y trazados de las órbitas, se ha desvanecido ante la ley de la atracción neutoniana, que ha presentado toda esta periodicidad de movimientos, desde los más pequeños hasta los más grandes, desde los más rápidos hasta los más lentos, como la repetición incesante y continua de un hecho siempre el mismo, pues la atracción está en razón directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias. Sería aún mejor explicar este

hecho á su vez por una hipótesis atrevida que muchos aceptan después de haberla rechazado, y la cual pretende que, debido á vibraciones atómicas muy tenues, se notan los efectos de avalanchas de átomos etéreos infinitamente pequeños y de una multiplicidad inconcebible.

¿No estamos, pues, en lo cierto al decir que la astronomía ha basado sus estudios en semejanzas y repeticiones, y que su progreso ha consistido en tomar, como punto de partida para sus investigaciones, semejanzas y repeticiones únicas, ó muy contadas, de gigantescas apariencias, para unir á ellas un sinnúmero de semejanzas y repeticiones infinitesimales, reales y elementales, que además han explicado la existencia de las primeras?

¿Puede suponerse (entre paréntesis) que el firmamento ha perdido parte de su grandiosidad á medida que los progresos de la ciencia astronómica han aumentado? De ningún modo. No obstante, la precisión de los instrumentos que hoy se emplean para esas observaciones, ha permitido distinguir en las repetidas evoluciones de esos astros muchas diferencias, hasta ahora inapercibidas, que han sido fuentes de nuevas investigaciones y descubrimientos (entre ellos, especialmente, los de Leverrier). Además, con esta amplificación del firmamento, cada día más extensa y creciente, se han acentuado todas las particularidades físicas de los astros, estudiándose con mayor precisión sus volúmenes, velocidades y diferencias. Se han multiplicado las variedades de configuración de las nebulosas, y cuando (cosa inaudita) con el espectroscopio se ha conseguido analizar tan maravillosamente la composición quí-

mica de los cuerpos celestes, comprobando que entre ellos existen diferencias, puede afirmarse, por esta razón, que también las hay entre los seres que los habitan. Finalmente, hemos visto la geografía de los astros más próximos á nuestro globo, y si juzgamos á los demás, inspirándonos en la contemplación de los primeros, debe creerse (después de haber estudiado los canales de Marte, por ejemplo) que cada uno del sinnúmero de planetas que gravitan sobre nuestras cabezas ó bajo nuestras plantas, tienen sus accidentes característicos, su mapamundi especial, sus particularidades locales que, tanto allá como entre nosotros, dan á cualquier rincón del suelo su encanto especial, y que, sin duda, el amor á la tierra natal anida en el corazón de sus habitantes, quien quiera que sean.

A mi entender, no es esto todo (pero lo digo en voz baja por temor á incurrir en la grave falta de hacer metafísica... Creo que es imposible explicar las diferencias de que hablo); quizá sea por las variedades de emplazamiento y la caprichosa distribución de la materia en el espacio, en la hipótesis, tan querida por los químicos (verdaderos metafísicos bajo este punto de vista), suponiéndola formada por elementos atómicos perfectamente semejantes. Creo que la pretendida ley de Spencer sobre la instabilidad de lo homogéneo, no aclara nada, y por consiguiente la única manera de explicar la florescencia de las diversidades exuberantes ante los fenómenos, consiste en admitir en el fondo de las cosas una infinidad de elementos de carácter individual. Así como las semejanzas de fondo se han convertido en semejanzas

de detalle, las diferencias de fondo, imperfectas y bien visibles, se han transformado en diferencias de detalle infinitamente perfectas. Y del mismo modo que las semejanzas de detalle permiten por sí solas explicar las de conjunto, asimismo estas originalidades elementales é invisibles, cuya existencia suponemos, permiten explicar las diferencias aparentes y voluminosas que constituyen la parte más visible y pintoresca del universo.

He aquí lo que se refiere al mundo físico. Para el mundo animado las consideraciones no son de índole muy distinta. Coloquémonos, como el hombre primitivo, en medio de una selva. Hay allí toda la fauna y la flora de una región y sabemos al presente que los fenómenos tan diversos que ofrecen estos animales y estas plantas, se convierten finalmente en una infinidad de hechos, resumidos por las leyes de la biología, animal ó vegetal, poco importa; actualmente llegan á confundirse. Pero en un principio se diferenciaba notablemente lo que comparábamos mientras que se comparaban muchas cosas que diferenciábamos. Las semejanzas y repeticiones que percibimos, en las cuales se inspira la moderna ciencia de los organismos, son superficiales y engañosas; á veces se comparan plantas, que no tienen entre sí ninguna afinidad, sólo porque ofrecen ligeras semejanzas en el tallo ó en las hojas, mientras que separamos por un abismo dos plantas de la misma familia, pero cuya forma y caracteres son enteramente distintos. La botánica ha progresado aprendiendo á ordenar los caracteres más importantes; es decir, los que se repiten con mayor frecuencia y los más significati-

vos (pues van acompañados de otros cuya semejanza es notoria), no son los más salientes sino, por el contrario, suelen ser los más ocultos, los más insignificantes, é indicar sus órganos de generación, el tener, por ejemplo, uno ó dos cotiledones, ó bien carecer de ellos.

La biología, síntesis de la zoología y de la botánica, nació el día en que la teoría celular demostró que tanto en los animales como en las plantas, el elemento infinitamente repetido era la célula, la ovular desde luego, ya que de éstas proceden todas las demás y que el fenómeno vital elemental es la repetición indefinida por cada célula de las manifestaciones de nutrición y actividad, crecimiento y proliferación, herencia que ha recibido en depósito, y que trasmitirá fielmente á su posteridad. Esta conformidad en los precedentes que nosotros denominamos hábito ó herencia (llamémosla únicamente herencia, pues el hábito no es otra cosa que una costumbre interna, así como la herencia no es más que un hábito exteriorizado), es la forma propiamente vital de la repetición, como las ondulaciones ó en general los movimientos periódicos, en la forma física, y la imitación, como veremos más adelante, en la forma social.

Vemos, pues, que el progreso de la ciencia de los seres animados ha tenido por consecuencia derribar poco á poco las barreras que los separaban bajo el punto de vista de sus semejanzas y repeticiones, sustituyéndolas por otras, más aparentes, que explican la razón de ser de las primeras, ya que son de mayor precisión, volumen y cantidad que éstas.

Pero, al mismo tiempo que admitimos diferencias múltiples, en apariencia, que son las que constituyen la originalidad individual, cada vez más notable de los organismos, es condición precisa también admitir originalidades en las células, ovulares desde luego; porque, ¿existe algo más semejante, en apariencia, que dos óvulos, y hay en realidad nada más distinto que su contenido? Convencidos de la insuficiencia de las explicaciones de Darwin ó Lamark sobre el origen de las especies (pues ni el parentesco, la descendencia y la evolución han podido ser analizados), es preciso convenir que la verdadera causa origen de las especies, es el secreto de la célula, trabajo de un óvulo inicial, de una originalidad prodigiosamente fecunda. Entre tanto, no es absurdo suponer que si nos consideramos ante una ciudad, una muchedumbre, un ejército en lugar de una selva ó el firmamento, las precedentes consideraciones encontrarán su aplicación, como la hemos encontrado en astronomía y biología. Aquí igualmente se ha pasado, de consideraciones prematuras cuyo fundamento eran analogías varias y ficticias de una grandiosidad ilusoria, á generalizaciones basadas sobre un cúmulo de hechos parecidos, de una semejanza relativamente clara y precisa.

Hace largo tiempo que la sociología trabaja en su formación. Ha intentado dar los primeros pasos á través del caos de los hechos sociales, desde el momento que distinguió ó creyó distinguir, algo que ofrecía regularidad, ó periodicidad. Ya había tenido lugar el primer tanteo, que fué la concepción del año cíclico, explicando que los hechos, tanto en el mundo social, como en el natural, se reproducían en el mismo orden. A esta falsa repetición de armonía acogida por Platón, hizo suceder Aristóteles las repeticiones de detalle, muchas veces ciertas, pero siempre vagas y difíciles de precisar á poca distancia, formuladas en su *Política* cerca de lo que tiene de superficial ó menos profundo, en la vida social, la sucesión de las formas de gobierno. Detenida entonces la evolución de la sociología, ha comenzado desde su origen en los tiempos modernos. Los *ricorsi* de Vico son la continuación y perfiladura de los antiguos ciclos, pero con menos fantasía; esta tesis y la de Montesquieu sobre la pretendida semejanza de las civilizaciones de países con los mismos climas, son dos buenos ejemplos de las repeticiones y semejanzas superficiales ó ilusorias con que la ciencia social se nutría en otros tiempos à falta de alimentos más sustanciosos. Chateaubriand, en su *Ensayo sobre las revoluciones*, traza una paralela entre la revolución de Inglaterra y la revolución francesa, y se entretiene comparando las más tenues semejanzas. Otros han concebido grandes teorías sobre analogías vanas entre el genio inglés y el púnico, ó bien entre el imperio romano y el imperio inglés... Esta pretensión de encerrar los hechos sociales entre las fórmulas de desenvolvimiento, que les evitarían repetirse englobadas con insignificantes variaciones, ha sido el *señuelo* de la sociología, bien en la forma que le ha dado Hegel con sus series de triadas ó bajo la forma más ingeniosa y precisa, sostenida por los evolucionistas contemporáneos.

Estos, con motivo de las transformaciones

del derecho, especialmente en la parte relativa al régimen de la familia y de la propiedad (con motivo de las transformaciones ocurridas en el lenguaje, religión, industria, bellas artes, etc.), se han aventurado dictando leyes generales de relativa precisión, las cuales contienen la marcha de la sociedad bajo estos diversos aspectos y la obligan á pasar repetidas veces por los mismos senderos arbitrariamente trazados. Ha sido indispensable reconocer que estas pretendidas reglas están plagadas de excepciones y que la evolución lingüística, jurídica, religiosa, política, económica, artística y moral no tienen un solo camino, sino una intrincada red de vías, en la que los cruces son numerosos.

Felizmente, al abrigo de estas ambiciosas generalizaciones, trabajadores más modestos se esfuerzan con mayor éxito en señalar leyes de detalle cuya fuerza es patente. Dan origen á este aserto los lingüistas, los mitólogos y, especialmente, los economistas. Estos especialistas de la sociología han descubierto un sinnúmero de interesantes analogías entre hechos consecutivos ó concomitantes que se reproducen á cada instante dentro de los reducidos límites en que se encierran sus estudios. En la obra *La riqueza de las pasiones*, de Adam Smith y en la *Gramática comparada de las lenguas indo-europeas*, de Bopp, ó en la obra de Dietz, para no citar más que estas tres, se encuentran una infinidad de observaciones de esta índole, que expresan la semejanza que hay entre innumerables hechos humanos, como por ejemplo: al pronunciar ciertas consonantes ó vocales, en las compras ó ventas, producción y consumo de algunos artículos, etc. Es cierto

que éstas semejanzas, cuando los lingüistas ó economistas han intentado darles forma de leyes, han resultado imperfectas y relativas al *plerumque fit;* pero esto es debido á su apresuramiento en enunciarlas sin haber arrancado del seno de esas verdades parciales la verdad general que encierran; el hecho social elemental que la sociología persigue esperando poseerlo para darlo á luz.

Ahora bien, la explicación general de las leyes ó pseudo leyes económicas, lingüísticas, mitológicas, etc., se ha creído conveniente deducirla del estudio de la psicología. Nadie la ha concebido con mayor fuerza y claridad que Stuart Mill en el final de su obra *Lógica* admitiendo que la sociología es la psicología aplicada. Desgraciadamente no ha precisado bien su idea, pues á la psicología que él ha acudido para hallar la clave de los fenómenos sociales, ha sido á la psicología simplemente individual que estudia las relaciones internas de impresiones ó imágenes en un mismo cerebro, creyendo que con utilizar las *leyes de asociación* de los elementos internos puede cumplir su cometido. Mirada á través de ese prisma, la sociología llega á convertirse en una especie de asociacionismo inglés, engrandecido y exteriorizado, con lo cual pierde su originalidad. No es precisamente en la psicología *intra* cerebral donde hay que inspirarse, sino en la *inter* cerebral, pues ésta estudia las analogías que existen entre varios individuos, y ante la necesidad de averiguar el hecho social elemental, cuyas agrupaciones y las múltiples combinaciones á que se prestan constituyen los titulados fenómenos simples, objeto de las ciencias especiales. El contacto de

un espíritu con otro es en la vida de éstos, un acontecimiento perfectamente aislado que se diferencia del conjunto de relaciones que puedan tener con el resto del universo, dando por este motivo lugar á estados de alma imprevistos é inexplicados por la psicología fisiológica. (1)

Esta relación entre un sujeto y un objeto, que á la par es lo primero, no es más que una percepción que no se asemeja en nada á la cosa percibida y que autoriza, por esta causa, al escéptico idealista á poner en duda esta realidad.

---

(1) Los experimentos verificados sobre la sugestión hipnótica y la sugestion en el estado de vigilia han preparado abundantes materiales para la futura construcción de la Psicología *inter* cerebral. Me tomo la libertad de llamar la atención del lector sobre las pruebas de aplicación que he hecho de esta psicología, todavía en estado de embrión, en todas mis obras, especialmente en el capítulo de mis *Leyes de la imitación* (1890) titulado *¿Qué es una sociedad?* publicado en Noviembre de 1884 en la *Revista Filosófica*, en algunas páginas de mi *Filosofía Penal* (1890) acerca de la formación de la criminalidad (capítulo sobre el crimen, pág. 324 y siguientes, primera edición), en mi trabajo titulado *Los crímenes de las turbas*, discutido en el Congreso de Antropología criminal de Bruselas en Agosto de 1892, y en un artículo publicado en la *Revista de Ambos Mundos* en Diciembre de 1893, titulado *Multitudes y sectas.* Estos últimos estudios fueron reimprimidos sin modificación ninguna en mis *Pruebas y combinaciones sociológicas* en 1895 (Storck y Massou, editores. París-Lyon). De paso haré observar que el trozo de la Filosofía Penal antes citado, así como también el capítulo de *Las Leyes de imitación*, del cual es sencillamente un corolario, encierra en substancia, de un modo altamente explícito, la explicación de los fenómenos de las multitudes, desarrollado más tarde en los trabajos citados aparecidos con anterioridad á los interesantes estudios editados en Francia y en el extranjero, sobre la psicología de las multitudes. Esto no lo digo por restarles mérito, sino por contestar á ciertas insinuaciones, pues por otra parte les he hecho justicia.

Pero la sensación de una cosa sensible, la volición de una cosa querida, la creencia en una cosa creíble, en una persona; en una palabra, el sujeto que percibe se refleja y éste no puede negarlo sin negarse á sí mismo. Esta conciencia de una conciencia es el *incóncussum quid* que buscaba Descartes, y que el yo individual no le pudo sugerir.

Además, esta relación no es otra cosa que un impulso físico dado ó recibido, una relación de fuerza motriz entre el sujeto y el objeto inanimado ó viceversa, según que se trate de un estado activo ó pasivo, una transmisión de algo interior ó mental que pasa de uno á otro sujeto sin perder ni atenuar en lo más mínimo la esención del primero. ¿Qué es, pues, lo que puede transmitirse de una alma á otra al ponerse en relación psicológica? ¿Son sus sensaciones, sus estados afectivos? No: ambas son esencialmente incomunicables. Lo que dos sujetos pueden comunicarse teniendo conciencia de que lo hacen, es: sus conocimientos, sus actos volitivos, sus juicios y sus pensamientos, formas que pueden permanecer siendo las mismas á pesar de sus diferencias y que son producto de la elaboración espiritual ejercida indiferentemente, esto no importa, sobre signos sensitivos. Además, no es notable la diferencia al pasar de un espíritu tipo visual á otro acústico ó motor, puesto que las ideas geométricas de un ciego de nacimiento son exactamente las mismas que tienen los geómetras dotados de vista acerca de ellas, así como un plan de campaña comunicado por un general de carácter bilioso y melancólico á generales de temperamento vivo y sanguíneo ó flemático y resig-

nado, no deja de ser exactamente el mismo: siendo suficiente para esto que haya analogía en las operaciones, y que todos, dejando á un lado su opinión individual, contribuyan como una sola persona á la ejecución del plan. La energía de tendencia psíquica, de avidez mental, que yo llamo deseo, es como la energía de la sorpresa intelectual, de adhesión y constricción mental, que yo titulo creencia, la corriente homogénea y continua bajo la cual la variable coloración de los tonos de la afectividad propia de cada individuo circula idéntica, unas veces dividida, esparramada, otras encauzada, comunicándose de uno á otro individuo como también de una percepción á otra percepción sin alteración alguna.

Cuando digo que toda verdadera ciencia tiende al dominio propio de repeticiones elementales, innumerables é infinitesimales, afirmo que la verdadera ciencia reposa sobre las cualidades que le son peculiares. Cantidad, en efecto, es posibilidad de series infinitas, de semejanzas y repeticiones infinitamente pequeñas. He aquí por qué me he permitido insistir en otra parte sobre el carácter cuantitativo de las dos energías mentales, que, como dos ríos divergentes, bañan la doble vertiente del yo, su actividad intelectual y su actividad espontánea. Si se niega este carácter, se declara imposible la sociología. Pero es evidente que no puede negarse, y la prueba es que las cantidades de que se trata son propiamente sociales, y su naturaleza cuantitativa aparece destacada claramente, encontrándose el espíritu en un estado de mayor perceptibilidad al ponerse frente á frente de las masas más voluminosas bajo la forma de

corrientes de fe ó de pasión popular, de convicciones tradicionales, de obstinaciones rutinarias que abarcan grandes agrupaciones de hombres. Cuanto mayores son las proporciones de una colectividad y más notable el flujo y reflujo de la opinión, es decir, de las aspiraciones de un pueblo, afirmativas ó negativas con relación al objeto supuesto (caracterizado perfectamente por el alza y baja en las cotizaciones de la Bolsa), más llega á ser susceptible de medida y comparable á los cambios de temperatura ó de la presión atmosférica y la fuerza viva de un salto de agua. Por esta causa las estadísticas adquieren mayor desarrollo á medida que los Estados se engrandecen, pues como su misión principal consiste en buscar y aclarar cantidades verdaderas en el barullo de los hechos sociales, aprecia á través de los actos humanos reunidos por ella sus deseos y creencias. La estadística de los valores de Bolsa expresa las variaciones de la confianza pública en el éxito de tales ó cuales empresas, en la solvencia de ciertos Estados y las variaciones del deseo é interés públicos, al cual se da satisfacción concertando estas operaciones. La estadística industrial ó agrícola expresa la importancia de las necesidades generales que reclaman la producción de ciertos artículos ó la conveniencia de los medios que deben emplearse para reponerse de ellos. La estadística judicial, por sí misma, no ofrece gran interés al consultarla, en lo referente á la enumeración de los delitos, pero se encuentra en ella la progresión ó regresión, año por año, en la proporción de la criminalidad bajo los aspectos procesales ó delictivos, por ejemplo: de la tendencia al

divorcio ó al robo, y también en lo referente al interés público con referencia al curso de determinados procesos ó delitos.

También aporta datos para la sociología la estadística de población. Es de índole puramente biológica, y se refiere tanto á la propagación de la especie como á la duración y progreso de las instituciones sociales, dando idea del desarrollo ó disminución de los sentimientos de paternidad y maternidad, del deseo de contraer matrimonio, y también de la creencia general que existe pretendiendo encontrar la felicidad en tomar estado y formar uniones fecundas. Pero, ¿con qué condición pueden ser englobadas las fuerzas de creencia y de deseo existentes en individuos distintos? Con la de tener el mismo objeto y haberse formado idéntico concepto acerca de la acción que van á ejecutar. ¿Cómo se produce esta convergencia de dirección en las energías individuales, haciéndolas susceptibles de formar un todo social? ¿Es, espontáneamente, por un choque fortuito ó por una armonía preestablecida? No: si esto sucede es en casos bien raros, y no es difícil encontrar analogías que confirmen la regla. Esta relación entre los espíritus y las voluntades que constituyen el fundamento de la vida social, hasta en los tiempos más remotos; esta presencia simultánea de ideas y medios tan precisos en todos los espíritus y voluntades de una misma sociedad, en un momento dado, no es efecto de la herencia orgánica que ha hecho nacer á los hombres tan parecidos unos á otros, ni de la identidad del medio geográfico que les ha proporcionado aptitudes poco más ó menos parecidas, recursos con poca diferencia

iguales, sino de la sugestión-imitación, que á partir de un primer creador de una idea la ha propagado progresivamente con el ejemplo. Las necesidades orgánicas, las tendencias del espíritu, sólo existen en nosotros en estado de virtualidades realizables bajo las formas más distintas á pesar de su vaga semejanza; y entre estas realizaciones posibles, la indicación de un primer iniciador imitado determina la elección de una de ellas.

Tratemos, pues, de la unión de dos individuos, sin querer significar con esto la del hombre y la mujer que se aman (esta unión, más bien que sexual es puramente vital), sino la de dos personas de cualquier sexo, de las cuales una influye espiritualmente sobre la otra. Opino que la relación entre estas dos personas es el elemento único y necesario de la vida social, consistiendo siempre originariamente en la imitación de la una por la otra. Pero es necesario comprender esto para no ceder al impulso de suposiciones vanas y superficiales. Lo cierto es que diciendo, haciendo y pensando, no importa que, una vez metidos en la vida social, imitamos á los demás á cada momento, á menos que no innovemos, lo cual es raro, y aún es fácil demostrar que nuestras innovaciones son, la mayor parte de las veces, combinaciones de ejemplos anteriores y permanecen sin ser imitadas por ser extrañas á la vida social.

No decís una palabra que no sea reproducción inconsciente de alguna otra que tiempo atrás oísteis; no cumplís cualquier acto de vuestra religión, señal de la cruz ó plegaria, que no reproduzca gestos de las fórmulas tradicionales, es decir, inventadas por vuestros antepasa-

dos; no ejecutáis un mandato civil ó militar cualquiera, no lleváis á cabo un acto de vuestro oficio, que no os haya sido enseñado ó no hayáis copiado de algún modelo viviente; no dais una pincelada, si sois pintor, ni escribís un verso, si sois poeta, que no esté amoldado á los hábitos de vuestra escuela, y hasta vuestra originalidad misma está formada por vulgaridades acumuladas y llegará á ser vulgar á su vez.

De este modo, el carácter constante de un hecho social cualquiera, es ser imitativo. Y este carácter es exclusivamente propio de los hechos sociales. Acerca de este punto, sin embargo, M. Giddings (que por otra parte, con un talento notable se ha colocado con frecuencia al lado de mis teorías sociológicas) me ha hecho una objeción especiosa: se imita, dice él, una sociedad á otra; se imitan hasta los mismos enemigos los armamentos y astucias de la guerra, los secretos del oficio. El campo de la imitabilidad deja atrás al de *sociabilidad*, y no sabrá ser la característica de éste (1). Pero la objeción me admira por proceder de un autor

(1) Se podría decir dándole á la palabra *imitación* la acepción más amplia, como lo hace en una obra reciente y ya célebre, sobre el *Desarrollo mental en el niño*, M. Baldwin, profesor de psicología en la Universidad de Princeton (Estados Unidos), que la imitación es el hecho fundamental no sólo de la vida social y de la vida psicológica, sino también de la orgánica, ya que en ella apreciamos el hábito y la herencia. Sin embargo, la tesis de esta conclusión filosófica, lejos de contradecir la mía, la describe y confirma de un modo patente. La imitación de hombre á hombre, tal como yo la concibo, es consecuencia de la imitación de estado á estado en el mismo hombre, imitación interna á la cual apliqué el nombre de hábito y evidentemente se distingue por caracteres bien precisos que la hacen comprensible en extremo.

M. Baldwin, que ante todo es un perfecto fisio-psicólogo, explica admirablemente el génesis orgánico y mental de la imitación, y termina su labor en el preciso momento en que comienza la del psico-sociólogo. Lástima que su libro no haya precedido al mío *(Leyes de la imitación)*; pues siendo así, aprovechando sus análisis hubiera ganado mucho y no habría tenido que rectificar leyes y consideraciones que enuncié en dicha obra.

Pero siempre su libro constituirá la mejor respuesta que pudiese yo dar á los que me reprueban el haber dado tanta extensión al sentido de la palabra *Imitación*. Pues M. Baldwin no la cree exagerada y la extiende inmensamente más. Al corregir mis pruebas, he sabido que M. Baldwin acaba de aplicar sus ideas á la sociología y que, por un camino independiente y espontáneo, ha llegado á un punto de observación muy análogo al indicado por mí en *Las Leyes de la imitación*.

que considera á la lucha entre las sociedades como un poderoso agente de su socialización ulterior, de su comunión en una sociedad más amplia formada por esos mismos combates. Y con efecto: ¿No es cierto que los pueblos rivales ó enemigos, á medida que se asimilan sus instituciones, tienden á fusionarse? Es verdad, pues, que no sólo entre individuos agrupados en sociedad cada nuevo acto de imitación tiende á fortalecer el lazo social, sino también entre individuos todavía no asociados, prepara la imitación, tendiendo hilos invisibles, el lazo que formará la asociación venidera.

No me entretengo en consideraciones sobre otras objeciones que se me han hecho, por estar en la creencia de que provienen de una casi absoluta inteligencia de mis ideas. Ellas caen por su peso ante los ojos de los que se han colocado en mi punto de observación. Devuelvo á mis obras esta consideración.

Pero no basta reconocer ese carácter imitativo á todo fenómeno social. Digo que, además del origen, esta relación de imitación ha existido también no sólo entre un individuo y una masa confusa de hombres, como más tarde ha ocurrido, sino entre dos individuos solamente, de los cuales el uno niño sin conocimiento de la vida social, y el otro adulto, ya práctico en ella, después de algún tiempo le sirve de modelo individual. Con frecuencia en el transcurso de la vida, ajustamos nuestros actos á modelos colectivos é impersonales á la par que inconscientes; pero antes de hablar, de pensar y obrar como *se* piensa, *se* habla y *se* hace en nuestro fuero interno, hemos empezado por hablar, pensar y ejecutar como *él* ó *ella* hablan, piensan y ejecutan. Y este *él* ó esta *ella*, son tal ó cual que nos eran familiares. En el fondo del *se*, buscando bien, sólo encontraremos cierto número de *ellos* y *ellas* que, mezclándose en confusión, se han multiplicado. Por ser insignificante esta distinción, queda omitida por aquellos que en una institución, en una obra social cualquiera, disputan á la iniciativa individual su misión creadora y creen decir algo al suponer, por ejemplo, que los idiomas y las religiones son obras colectivas; que las multitudes, sin ningún instigador, han formado desde el griego, el sanscrito y el hebreo, hasta el budismo y el cristianismo; en una palabra, que por la acción coercitiva de la colectividad sobre el individuo grande ó pequeño, siempre sojuzgado por la acción sugestiva de los individuos escogidos por la colectividad, se explican las formaciones y transformaciones de las sociedades. En realidad, semejantes explicaciones son ilu-

sorias, pues al eludir la dificultad mayor, que es la de saber cómo ha podido tener lugar esta asimilación general, sus autores no han tenido en cuenta que entre millones de hombres que forman esa fuerza colectiva, no es posible que deje de haber gran relación. A esta teoría se le aducen argumentos, llevando el análisis hasta donde yo lo he conducido, hasta la relación intercerebral de dos espíritus, al reflejo del uno por el otro, y solamente entonces se podrán explicar esas unanimidades parciales, esas conspiraciones de los corazones, esas comuniones de espíritu que, una vez que reciben forma y las perpetúa la tradición, imitación á nuestros antepasados, ejercen una presión cuanto más tiránica más provechosa para el individuo. (1).

Al estudio de esta relación es, pues, á lo que tiene que dedicarse el sociólogo, como el astrónomo á la analogía entre dos cuerpos atrayentes y atraídos; á ella es á quien hay que exigir la llave del misterio social, la fórmula de algunas leyes simples universalmente verdaderas que quedan distinguidas á través del caos aparente de la vida y la historia humanas.

Debo advertir, de momento, que la sociología estudiada en esta forma difiere notablemente de las antiguas concepciones todavía reinantes, como la astronomía de nuestros tiempos se diferencia de la de los griegos, ó como la biolo-

(1) Conviene tener presente esta sencilla advertencia, y es que siempre, desde la más tierna edad, entramos en la vida social. Así, pues, el niño que se inclina hacia otros como la flor hacia el sol, encuentra en ellos mayor atractivo que en el encogimiento de su medio habitual, y toda su vida copiará con interés sus ejemplos.

gía (después de la teoría celular) de la Historia natural de otros tiempos. (1). Mejor dicho, que la sociología tiene su fundamento en semejanzas y repeticiones elementales y verdaderas, infinitamente numerosas y en extremo precisas, que han substituído como primera materia de la elaboración científica á las falsas y vagas analogías, existentes en número muy reducido.

Y añado, además, que si bajo el aspecto similar de las sociedades han ganado en extensión y profundidad con esta sustitución, no ha sido menor el aprovechamiento, mirado bajo el punto de vista de la diferencialidad. Es necesario, pues, que en lo sucesivo renunciemos sin vacilar las ficticias diferencias que la «filosofía de la historia» establece entre los pueblos, á semejanza de los personajes de un drama inmenso, en el cual cada actor tiene que representar su papel providencial. No es permitido, por lo tanto, entender la expresión *Genio*, de la cual tanto se ha abusado (el genio de un pueblo ó de una raza, y también el genio de un idioma, de una religión), como la entendieron

(1) Esta concepción es, en resumen, la inversa de la que sostienen los *evolucionistas unilinearios* y también la de M. Durkleim, pues en vez de explicarlo todo por la pretendida imposición de una *ley de evolución* qne obliga á los fenómenos de conjunto á reproducirse y repetirse idénticamente en el mismo orden, en lugar de explicar, por consiguiente, lo *pequeño* por lo *grande* y el *detalle* por el *conjunto*, yo explico las semejanzas de conjunto por la agrupación de pequeñas acciones elementales, lo grande por lo pequeño, lo englobado por lo detallado. Esta manera de apreciar la cuestión está llamada á producir en la sociología la misma transformación que ha ocasionado en las matemáticas la introducción del análisis infinitesimal.

algunos de nuestros antecesores (Renan y Taine todavía). A esos genios colectivos, entidades ó ídolos metafísicos, se les concedía una originalidad imaginaria y por otra parte mal definida; se les atribuían ciertas predisposiciones llamadas invencibles, ya á tipos gramaticales, á conceptos religiosos ó á instituciones de gobierno determinadas, y se les suponían, en cambio, ciertas incompatibilidades absolutas acerca de concepciones ó instituciones plagiadas de alguno de sus rivales. El genio semítico, por ejemplo, estaba reputado de absolutamente refractario al politeismo, al sistema analítico de los idiomas modernos y al de los gobiernos parlamentarios; el genio griego al moneteismo, el genio chino y japonés á nuestras instituciones y á toda concepción europea en general...

Si los hechos protestaban contra esa teoría ontológica, se les atormentaba para obligarles á confesarla; era inútil hacer observar á aquellos teóricos las transformaciones sufridas por la propagación de una religión proselítica, de una lengua, de una institución como la del jurado, por ejemplo, más allá de los límites de su pueblo y de su raza de origen á pesar de los obstáculos que los genios de las otras naciones les habían de imponer indefectiblemente. Replican reformando la idea, al distinguir las razas superiores investidas del privilegio de propagar sus inventos de las razas nacidas para la esclavitud sin el menor conocimiento de las lenguas, religiones é ideas que copian ó aparentar copiar de las primeras. Por otra parte se niega la posibilidad de que influya el proselitismo conquistador de una civilización sobre

otras civilizaciones, un genio popular sobre otros genios populares y especialmente creen una quimera la pretensión de europeizar la China y el Japón.

Este último ya ha dado la prueba de lo contrario; no tardará en darla el otro imperio.

Andando el tiempo, será preciso abrir los ojos ante la evidencia y reconocer que el genio de un pueblo ó de una raza, en lugar de ser el factor dominante y superior de los genios individuales, reputado como vástago de esas manifestaciones pasajeras, es sólo la cómoda etiqueta, la síntesis anónima de estas originalidades personales, únicas verdaderas y eficaces, que en fermentación continua en el seno de cada sociedad, tienen un fecundo cambio de ejemplos con las sociedades de su vecindad. El genio colectivo impersonal, es, pues, *función* y no factor de los genios individuales infinitamente numerosos; es su fotografía y no debe ser su antifaz. Y ciertamente no echaremos de menos que el historiador artista, encuentre pintoresco un hecho social cuando á través de esa fantasmagoría más bien aclarada que confusa, grandes actores históricos vagamente caracterizados, bajo el nombre de Egipto, Roma, Atenas, etc., nos han permitido percibir un verdadero hormigueo de individualidades innovadoras todas *sui generis*, marcadas con su sello peculiar y distinto que no deja confundirlas entre otras mil.

Puedo afirmar una vez más que, para la introducción en este punto de sociología, hemos hecho lo que todas las demás ciencias al progresar, reemplazar semejanzas y diferencias falsas ó vagas poco numerosas por innumera-

bles semejanzas y diferencias verdaderas y precisas; lo que es de doble provecho para el sabio y el artista y sobre todo para el filósofo que ante todo debe sintetizarlos.

Todavía cree necesarias algunas advertencias. Por mucho tiempo no han tenido lugar descubrimientos de índole astronómica elemental, la atracción según la ley netonuiana ó al menos la gravitación elíptica y ya existían conocimientos astronómicos heterogéneos, había una ciencia de la luna, *selenología*, la del sol, *heliología*, etc., pero no la astronomía. Por mucho tiempo no se han percibido acciones químicas elementales (afinidad, combinación en proporciones definidas); sin embargo, existían conocimientos químicos especiales, químicas especiales del hierro, del estaño, del cobre, etc., pero no la química. Por mucho tiempo no se han descubierto hechos de física esencial (la comunicación ondulatoria al movimiento molecular) y ya eran conocidas las teorías de óptica, acústica, la termología, la electrología, pero no la física. La física se ha convertido en físico-química, en ciencia de la naturaleza inorgánica en general, desde que ha podido entrever la posibilidad de explicar por medio de las leyes fundamentales de la mecánica, como hecho inorgánico elemental, la reacción igual y contraria á la acción, la conservación de la energía, la reducción de todas las fuerzas en formas de movimientos, *el equivalente mecánico* del calor, de la electricidad, de la luz, etc. Finalmente, antes del descubrimiento de las analogías que bajo el punto de vista de la reproducción existen en los animales y las plantas, no había sólo una botánica y una zoología, si-

no botánicas y zoologías, es decir, una hipología, una cinología, etc. Sin embargo, el descubrimiento de las semejanzas de que hablamos, sólo ha dado una unidad parcial á todas esas ciencias esparcidas, á los *membra disjecta* de la futura biología. El nacimiento de esta ciencia no ha sido un hecho hasta que la teoría celular no ha mostrado el hecho vital elemental, que es el funcionamiento de la célula (ó del elemento histológico) y su proliferación, continuada por el óvulo, que el mismo es una célula, de manera que las funciones de nutrición y generación están colocadas al mismo nivel.

Ahora bien; conviene, entre tanto, asimismo, formar después de *las* ciencias, *la* ciencia social. Han existido, en efecto, ciencias sociales, aunque sólo en forma de bosquejo, desde los primeros tiempos, de la ciencia política, de lingüística, de mitología comparada, de estética, de moral y una economía política bastante completa, mucho antes de que apareciera el embrión de la sociología. La sociología supone un hecho social elemental. Lo supone, pero no ha llegado á descubrirlo (quizá porque él le venda los ojos, perdónenme la expresión), la imagina bajo la forma de una de las muchas semejanzas vanas è ilusorias que obstruyen los primeros pasos de todas las ciencias y cree sentar un profundo precedente al concebir una sociedad como un gran organismo y al individuo (ó la familia según otros), como la célula social, y toda forma de la actividad social como una función propia de la célula. Me he esforzado, con la mayoría de los sociólogos, para despejar los obstáculos que esta concepción pone en el camino de la naciente ciencia.

El conocimiento científico siente tanta necesidad de apoyarse en semejanzas y repeticiones, que cuando no las tiene á mano las inventa, esperando las verdaderas; por consiguiente, es preciso juzgar la famosa metáfora del organismo social en el número de las concepciones simbólicas que han tenido una utilidad no menos pasajera. En el origen de toda ciencia como en el de toda literatura, la alegoría ha jugado un papel importantísimo. En matemáticas tenemos las alegóricas quimeras de un Pitágoras y un Platón ante las sólidas generalizaciones de Arquímedes. La astrología y la magia, vestíbulo de la astronomía, *andador* de la química, tienen su fundamento en el postulado de *la alegoría universal*, más bien que en la analogía universal; admiten una armonía preestablecida entre las posiciones de algunos planetas y el destino de ciertos hombres, entre una acción simulada y otra real, entre la naturaleza de una substancia química y la de un cuerpo celeste de la cual lleva éste el nombre, etc. No olvidemos el carácter simbólico de los procedimientos primitivos, de las *acciones de la ley* en derecho romano, antiguos tanteos de la jurisprudencia. Notemos también (ya que la teología como la jurisprudencia han sido las ciencias favoritas de nuestros abuelos) el abuso del sentido figurado que tanto abunda en los relatos bíblicos escritos por los más antiguos teólogos, que ven en la historia de Jacob la copia anticipada de la historia de Cristo ó que simbolizan los amores de Cristo á su iglesia en los del esposo á la esposa en el *Cantar de los cantares*. Así comienza la ciencia teológica de la Edad Media, como la literatura moderna en la

Novela de la rosa. Hay gran distancia entre estas ideas y el *Resumen* de Santo Tomás de Aquino. Hasta en nuestro siglo encontramos el último vestigio de ese misticismo simbólico, en obras ya olvidadas (algunas de ellas dignas de ser exhumadas por la gracia de su estilo feneloniano) del bueno del padre Gratri, que creyó ver simbolizadas en el sistema solar las relaciones entre las almas y Dios alrededor del cual, según él, giran éstas. Para él, el círculo y la elipse son todavía los símbolos de la moral, escrita en forma de jeroglífico sobre las secciones cónicas.

Ciertamente no está en mi ánimo comparar semejantes excentricidades con los trabajos, en parte sólidos y siempre serios que Herbert Spencer, después Comte y recientemente M. Renè Worms y M. Novicow han dado á luz sobre la tesis de la sociedad-organismo. Aprecio mucho el mèrito y la utilidad momentánea de tales obras, aunque las critico. Pero generalizando ahora lo que precede, tengo derecho, creo yo, á enunciar la siguiente proposición: El progreso de una ciencia consiste en remplazar las semejanzas y repeticiones *exteriores*, mejor dicho, las comparaciones del objeto propio de esta ciencia con otros objetos, por las semejanzas y repeticiones *interiores*, es decir, las comparaciones de este objeto con él mismo, considerado en sus múltiples ejemplares y bajo otros aspectos. A la idea del organismo social que considera la nación como una planta ó un animal, corresponde la del mecanismo vital que mira una planta ó un animal como una mecánica. Pero no es debido á esta comparación profunda de un cuerpo animado con un meca-

nismo á lo que la biología debe su progreso, sino á la comparación de las plantas con otras plantas, de los animales con otros animales, de cuerpos vivientes con otros. (1) No es á la comparación entre las sociedades y los organismos á lo que debe la sociología sus notables adelantos y los que todavía llevará á cabo, sino á la comparación entre las mismas sociedades, al sin número de coincidencias observadas entre las evoluciones nacionales, ya en idioma, derecho, religión, industria, artes y costumbres: es debido, sobre todo, á la atención prestada á esas imitaciones de hombre á hombre que son las que dan la explicación analítica de los hechos de conjunto.

Después de estos extensos preliminares, sería ya oportuno exponer las leyes generales que rigen la repetición imitativa y que son para la sociología lo que las leyes del hábito y la herencia para la biología, lo que las leyes de la gravitación á la astronomía y las leyes de la ondulación á la física. Pero como he tratado extensamente este asunto en mi obra *Las Leyes de la imitación*, me permito observar á quienes interese esta materia, donde podrán encontrarlas. No obstante, tengo que aclarar lo que he presentado bastante confuso; á saber, que

(1) Del mismo modo no han sido las comparaciones pitagóricas de las matemáticas con las demás ciencias las que les han dado el avance, pero aunque estériles, la aproximación de las dos ramas de las matemáticas, la geometría y el álgebra, fué fecunda bajo la mano de Des- cartes. Y solamente cuando fué inventado el cálculo infi- nitesimal, cuando se descendió hasta el elemento impo- sible de descomponer y cuyas repeticiones indefinidas lo explican todo, no apareció la fecundidad matemática en toda su plenitud.

en el fondo todas estas leyes proceden de un principio superior: la tendencia á propagarse en progresión geométrica de un ejemplo una vez indicado á un grupo social si éste permanece sin perder su homogeneidad. Por esta *tendencia*, en fin, no conozco nada misterioso. Esto es muy sencillo: cuando, por ejemplo, en un grupo se hace sentir la necesidad de expresar una idea nueva con una palabra, el primero que imagina una expresión apropiada á la imagen para satisfacer esta necesidad, no tiene más que pronunciarla para que bien pronto corra ya de boca en boca de los individuos del grupo en cuestión y se extienda más tarde á los grupos vecinos.

Sin embargo, esto no quiere decir á lo sumo que esta locución esté dotada de una alma que le dé una fuerza de irradiación especial, ni que el físico al decir que la onda sonora tiende á esparcirse preste á esta forma simple una fuerza propia ambiciosa y ávida. (1) No es solamente una manera de apreciar el asunto y decir en un caso que las fuerzas motrices inherentes á las moléculas del aire han encontrado en esta repetición ondulatoria un camino para extenderse, y en el otro que la necesidad especial é inherente á los individuos humanos del grupo de que hablábamos ha encontrado manera de satisfacerse por esta repetición imitativa que evita á su neglicencia (análoga á la *inercia* material) el trabajo de investigarlas.

(1) Basta que el naturalista, al decir que una especie tiende á propagarse siguiendo una progresión geométrica, no considere esta forma típica como poseedora por sí misma independientemente del sol, de las afinidades químicas y todas las energías físicas, de las cuales es una simple canalización, una energía y una aspiración independientes.

Sea lo que fuere, la tendencia á la progresión geométrica en cuestión no es dudosa; pero algunas veces ve obstruído su paso por obstáculos de diversos géneros y es bastante raro, pero no mucho, sin embargo, que los diagramas estadísticos relativos á la propagación en el público de un nuevo invento industrial encuentren dificultades en su progresión regular. ¿Qué obstáculos son esos? Los hay que provienen de la diversidad de los climas y las razas, pero no son los más importantes; la traba mayor que detiene la expansión de una innovación social y su consolidación en costumbre tradicional, es alguna otra innovación también expansiva que la encuentra en su camino, y para emplear una metáfora física, interfiere con ella. En efecto, cada vez que uno de nosotros vacila entre dos maneras de hablar, dos ideas, dos creencias entre dos modos de obrar, tiene lugar una interferencia de irradiaciones imitativas que parten de focos diferentes extremadamente distintos uno de otro, con frecuencia en el espacio y en el tiempo, es decir, focos inventores, imitadores, individuales y primitivos que se han propagado hasta él. ¿En tal caso cómo se resuelve su dificultad? ¿Cuáles son las influencias que lo deciden? Estas influencias, lo repito, son de dos clases: lógicas y extra lógicas. Debo añadir que estas últimas son también lógicas en cierto modo, porque cuando, por ejemplo, el plebeyo copia al patricio, el campesino al de la ciudad, el provinciano al parisién (esto es lo que yo llamo el torrente de la imitación de abajo á arriba en la escala social), la imitación, por ciega

que haya sido, tiene por móvil una presunción de superioridad aplicada al ejemplo del modelo que cree ejercer una autoridad social sobre él. Lo mismo ocurre entre el ejemplo de sus antepasados y el de un innovador extranjero; el hombre primitivo no vacila al preferir el de los primeros á quienes cree infalibles, é inversamente cuando en una duda cualquiera el individuo de nuestras ciudades modernas, persuadido *a priori* de que lo moderno es siempre preferible á lo antiguo, hace una elección absolutamente contraria. No es menos cierto que la opinión que un individuo funda en cierta clase de consideraciones extrínsecas á la naturaleza de dos modelos, dos ideas ó dos voliciones comparadas en presencia una de otra, merece ser cuidadosamente distinguida de los casos en que opta con fundamento en virtud de un juicio del carácter intrínseco de esas dos ideas ó voliciones y puede reservarse para las influencias que le deciden en este caso el epíteto de lógicas.

Pero de momento no hablo más de ello, porque en el capítulo siguiente tendremos que volver á tratar de estos duelos lógicos y teológicos que constituyen los elementos de la oposición social. Añadamos que las interferencias de irradiaciones imitativas no son siempre obstáculos, sino que muchas veces son alianzas mutuas y sirven para acelerar y amplificar estas mismas irradiaciones; de vez en cuando dan también ocasión al nacimiento de una idea genial que resulta de su reunión y combinación en un cerebro, como veremos más adelante en el capítulo dedicado á la adaptación social.

CAPÍTULO SEGUNDO

Oposición de los fenómenos

Teóricamente el aspecto-repetición de los fenómenos es el que ofrece mayor importancia. Pero el aspecto-oposición practicamente, bajo el punto de vista de las aplicaciones de la ciencia presenta mayor interés. Y hasta aquí, después de Aristóteles, si no completamente desconocido no ha dejado de estar casi siempre confundido en la mescolanza de cualquier orden de diferencias.

Aquí, como más adelante, diremos que el progreso de las ciencias ha consistido en reemplazar las oposiciones vagas y superficiales, poco numerosas, percibidas ó imaginadas desde luego, por opociciones más sutiles y profundas, innumerables, trabajosamente descubiertas y en reemplazar también las oposiciones exteriores por otras interiores de la materia que consideramos. Ha consistido también en desvanecer las disimetrías ó asimetrías aparentes y sustituirlas por muchas disimetrías ó asimetrías ocultas y más instructivas.

Busquemos las oposiciones en el cielo estrellado. El día y la noche y desde luego el cielo y la tierra, han comenzado por hacer antíte-

sis, y las cosmogonías religiosas, los embriones de la ciencia astronómica y la geológica, nacidos ó por nacer, han vivido de eso. Después de las verdaderas oposiciones, pero aún imperfectamente comprendidas, han aparecido todas: el Zenit y Nadir, que no son otra cosa que la antítesis de alto y bajo llevadas al último extremo; los cuatro puntos cardinales opuestos dos á dos, el invierno y el verano, la primavera y el otoño, la mañana y la noche, mediodía y medianoche, el primero y el último cuarto de luna, etc. Todas estas oposiciones han sido conservadas por la ciencia, es cierto, pero perdiendo gran parte de su importancia y significación primitivas. El oeste, para los salvajes no es como para nosotros una orientación relativa á nuestra posición al mirar la estrella llamada polar; para ellos, el oeste es el lugar de la felicidad póstuma, la mansión eterna de las almas; para otros es el este. De aquí, la orientación ritual de las tumbas y los templos. El primero y el último cuarto de luna, para nosotros, no tienen seguramente la significación que les atribuyen la superstición de los primitivos agricultores y todavía la de nuestros campesinos. La *luna nueva*, según éstos, tiene la virtud de hacer crecer rápidamente, y la *luna vieja* la de impedir el crecimiento y desarrollo de todo lo que se planta en una ú otra de estas dos fases lunares respectivamente. Esto es un vestigio de la distinción antitética de los días faustos y nefastos.

Estas oposiciones han sido conservadas, pero , título de superficialidad convencional. Otras han sido suprimidas: por ejemplo, las de lo celeste y lo terrestre, del sol y de la luna y la importancia de aquellos y la de estos ha pasado á otros mucho más profundos. Desde luego, el descubrimiento de la naturaleza elíptica, parabólica ó hiperbólica, de las curvas descritas por los astros, planetas ó cometas, ha permitido percibir la perfecta simetría que existe entre las dos mitades de cada una de estas curvas á los dos lados del gran eje. (Digo *perfecta*, salvo las perturbaciones, que son mutuas repeticiones de esas curvas, unas por otras dentro de un mismo sistema.) Además, se ha observado que las elipticidades planetarias iban creciendo y decreciendo alternatiuamente, con una gran regularidad, en sus oscilaciones en torno de una posición de equilibrio. Finalmente, la antítesis astronómica, profunda, universal, continua, fundamento de toda esta ciencia, consiste en la igualdad entre la atracción que cada masa ó molécula experimenta y la que ella ejerce. Cada una de ellas es, al mismo tiempo, atraida y atrayente, constituyendo una de las más bellas ilustraciones de la ley mecánica de oposición universal, llamada ley de la acción, igual y contraria á la reacción.

La física y la química, como la astronomía, han tenido su principio en antítesis pseudo-contrarias. Los *cuatro elementos* que admitieron los primeros físicos eran opuestos dos á dos: el agua y el fuego, el aire y la tierra. Se imaginaba que entre ciertas substancias existían antipatías innatas. Ideas más completas acerca de la verdadera naturaleza de las oposiciones físicas y químicas, basadas en los estudios modernos, han esclarecido el asunto, al descubrir el carácter, en cierta manera opuesto, de las bases y los ácidos, de las electricidades de nom-

bre contrario, así como también la polaridad luminosa. La idea de polaridad, que tan importante papel ha desempeñado en el campo de las teorías físico-químicas, ha señalado los grandes progresos llevados á cabo en estas concepciones, hasta en la basada en el estudio de las ondulaciones en las cuales está ya resuelto, ó en vías de serlo, el problema propuesto. Del mismo modo que la luz, el calor y la electricidad aparecen bajo el aspecto de propagaciones esféricas ó lineales de vibraciones infinitesimales é infinitamente rápidas, la combinación química tiende á ser considerada como una confusión de ondas armoniosamente unidas; pero al llegar á este punto, estamos ya en los dominios de la *adaptación*. Sólo la atracción no ha podido ser considerada como una erupción de vibraciones etéreas. Como quiera que sea, no es menos cierto que las gravitaciones elípticas de los astros, junto con sus dimensiones, son comparables á las ondas físicas, vaivén de moléculas que describen elipses muy prolongadas, y que tanto aquí como allá hay ritmo ondulatorio. Vemos, en suma, cómo á medida que el progreso de las ciencias ha aumentado se ha extendido también el campo de la oposición y que vagas oposiciones *cualitativas* han sido sustituidas por oposiciones *cuantitativas* precisas y rítmicas.

La maravillosa simetría de las formas cristalinas, propias de cada substancia química, es la traducción gráfica, la expresión visual de estas oposiciones rítmicas y de los innumerables movimientos que la constituyen. ¿Y no es también á esta ritmicidad de movimientos interiores de los cuerpos, á la que quizá será preciso

preguntar la explicación de la ley de Mendeleef, que nos presenta los grupos de substancias formando lo mismo que las escalas superpuestas y periódicamente repetidas de un teclado de órgano al cual faltan algunas teclas, que de tarde en tarde descubrimos?

Pero al propio tiempo que la evolución de las ciencias físicas hizo descubrir oposiciones y simetrías más profundas, más claras, más explicativas, reveló también asimetrías, aritmicidades é inoposiciones mucho más importantes. La evolución nos mostró, por ejemplo, que en el sistema solar no hay cuerpo planetario que retroceda y camine en sentido inverso al general; sólo se exceptuan ciertos satélites. La configuración de las nebulosas descubiertas por nuestros telescopios es frecuentemente disimètrica. No tenemos, pues, motivo para pensar que exista simetría entre la evolución y la disolución de un sistema solar, si esta última es cierta, ni entre la formación sucesiva de las capas geológicas de un planeta y su destrucción final, si adoptamos las ideas de M. Estanislao Meunier con respecto al particular. La diseminación de los astros en el firmamento, permanece, como antes de que progresara la ciencia astronómica, y constituye uno de los cuadros más pintorescos y caprichosos ó mejor dicho, el sublime desorden de este espectáculo, aparece con mayor explendidez, á medida que han ido conociéndose las fuerzas que equilibradas y simètricamente opuestas, parecen formar esta ciencia. ¿Qué astrónomo, hoy en día, puede concebir, como los antiguos, una antetierra, un *antichton* donde todo fuera inverso de lo terrestre? A medida que hemos conocido

mejor la geografía de nuestro planeta, nos ha sorprendido cada vez más la ausencia de toda simetría en la configuración de los continentes y las grandes cadenas de montañas que los cruzan, y la *red pentagonal* de Elías de Beaumont ya no convence á nadie. Los mismos progresos de la cristalografía, han puesto de relieve disimetrías desde luego inapercibidas y cuya importancia han puesto de relieve los trabajos de Pasteur... Pero sólo puedo indicar esa materia.

En el mundo animado, las oposiciones grandes ó aparentes (la vida y la muerte, la juventud y la vejez) han constituido las primeras sorpresas, y las que acabo de citar han sido una de las más antiguas semejanzas comprobadas entre los animales y las plantas, rudimento de una biología general. No ha sido posible más que observar la simetría de las formas vivientes, tan sorprendente como extraña por su universalidad. Pero se han concebido un sinnúmero de oposiciones vivientes sin valor ó sin realidad. Por medio de ellas se pueden clasificar en orden los ángeles y los demonios, pues están considerados como pertenecientes á especies de animales superiores. Igualmente, para el salvaje, y á veces hasta para el analfabeto de nuestros días, la gran oposición viviente es la de los seres buenos ó malos de comer, las plantas alimenticias y venenosas, los animales útiles y los dañinos.

He aquí una oposición subjetivamente verdadera, pero imaginaria, en tanto que es objetivada instintivamente por el ignorante de todas las razas. Los médicos han considerado por largo tiempo á la enfermedad y la salud como

dos estados precisamente contrarios, y las causas de la enfermedad como precisamente inversas á las de la salud. En el fondo, el error homeopático ha nacido de esta ilusión. La enfermedad y la salud, consideradas de ese modo, son dos entidades verbales que los progresos de la psicología han desvanecido. La desviación patológica entra en el funcionamiento fisiológico y no le es opuesta. La disolución individual ha sido también considerada como inversa de la evolución, la vejez como infancia que vuelve otra vez. Esta creencia no ha podido ser desvanecida sino después que la embriología ha dado á conocer la trayectoria de una serie de formas que evidentemente no tienen nada de inversamente análogo con las fases de la decadencia senil.

Mucho tiempo después que las ciencias de la vida comenzaron á formarse, los fisiólogos imaginaron una oposición tan ficticia como ingeniosa entre la animalidad y la vegetación; á sus ojos, la respiración animal era precisamente la inversa de la respiración vegetal y destruía lo que ésta había producido, la combinación del oxígeno y el carbono. La fisiología comparada de Claudio Bernard, y otros, ha demostrado el carácter superficial de esta inversión y la unidad fundamental de la vida en los dos reinos, no opuestos pero divergentes. En desquite, de estas oposiciones falsas ó vagas de grupos de seres á grupos de seres, de seres á seres ó en un mismo ser, y de entidades á entidades, el progreso del saber, las ha sustituído, en el interior de los tejidos, por oposiciones muy reales, innumerables è infinitesima-

les, como las de la oxidación y desoxidación de cada célula y ganancia y pérdida de fuerza. Aquí aún aparece la oposición fundamental y fecunda bajo una forma armónica, no como producto de una lucha.

Pero al propio tiempo se ha hecho luz sobre disimetrías nuevas, muy ocultas. Citaré sólo un ejemplo: el estudio de las funciones cerebrales, al permitir localizar la facultad del lenguaje en el hemisferio izquierdo, ha establecido una disimetría funcional de las más importantes, entre las dos mitades del cerebro. No es éste el solo caso en que la simetría de forma que existe entre los órganos correspondientes de los dos lados del cuerpo, la mano derecha y la izquierda, el ojo derecho y el izquierdo, etc., han encontrado oculta la disimetría ó la asimetría de su misión. Además, como he dicho anteriormente, la idea teórica, muy antigua y en apariencia especiosa, de que la disolución de los seres y tipos vivientes debe ser precisamente lo opuesto á su evolución, ha debido desaparecer ante los progresos de la observación. Y esta ausencia de simetría entre los dos extremos de la vida, su subida y su descenso, sea en los individuos, sea en las especies, tiene gran significación: tiende á probar que la vida no es un simple juego, un columpio de fuerzas, permítase la expresión, sino una marcha constante, y que la idea de progreso no es una palabra vana. Tiende á hacer considerar la oposición de los fenómenos, sus simetrías, sus inarmonías y también sus ritmos y del mismo modo sus repeticiones como simples instrumentos del progreso de los *términos medios*.

La sociología da lugar á consideraciones aná-

logas. En su origen (porque según como se la considere es muy antigua), comenzó por ser una mitología; y mitológicamente se complació en explicar toda la historia por guerras tan imaginarias como gigantescas entre dioses buenos y malos, dioses de la luz y dioses de la noche, héroes y monstruos. Los metafísicos, no menos que los mitólogos, han abusado de los combates; imaginaron también oposiciones de series directas y retrógradas de los desenvolvimientos de la humanidad en un sentido, seguidos de otros en sentido contrario. En este particular, Platón y los filósofos indios se dan la mano. Hegel, con sus ambiciosas generalizaciones, con su agrupamiento de pueblos bajo el pendón de las ideas antagonistas; Cousin, con su antítesis imaginaria entre el Oriente-infinito y la Grecia-finita, son también excelentes muestras de las antinomias del pasado. Todo se ha desvanecido, y no se atreven á oponer hoy en día (sobre todo después del asombroso progreso del Japón en pocos años) la pretendida inmutabilidad innata de los asiáticos, á la pretendida progresividad innata de los europeos.

Los economistas han hecho un señalado servicio á la ciencia social, al substituir la guerra como palanca de la sociología, por la competencia, una especie de guerra atenuada, pero mucho más general. Finalmente, si se adopta nuestra manera de ser; una reunión de deseos y creencias que es preciso considerar en el seno de lo que los economistas llaman concurrencia de los consumidores, ó la de co-productores y, generalizando, esta lucha, al extenderse á todos los órdenes lingüísticos, políticos, artísticos, morales, como también los industriales,

de la vida social, se verá que la *verdadera oposición social elemental* debe buscarse en el seno de cada individuo social, tantas veces como vacile al adoptar ó desechar un modelo nuevo que le ofrecen, una nueva locución, un nuevo rito, una nueva idea, una nueva escuela de arte, una nueva conducta. Esta duda, este pequeño combate interior que se reproduce en millones de ejemplares, en cada instante de la vida de un pueblo, es la oposición infinitesimal é infinitamente fecunda de la historia; y ha introducido en la sociología una revolución tranquila y profunda.

Al propio tiempo, en esta misma manera de ver el carácter simplemente auxiliar y subordinado de la oposición social, hasta bajo su forma psicológica, está revelado por haber señalado la evidencia de muchas asimetrías ó disimetrías que no aparecen desde luego. Yo debí (y esta contradicción apenas ha encontrado impugnadores) distinguir entre lo *reversible* y lo *irreversible* en todo orden de hechos sociales, comprobándose que lo segundo era más común: por ejemplo, los descubrimientos de la ciencia ó de la industria. Se ha visto también, que se acentúan por efecto de esas mismas oposiciones psicológicas de que está formada la vida de todo individuo social, su originalidad individual, su carácter propio, que á nada se opone, y por el cual lo que denominan carácter de un pueblo ó si se quiere de una lengua, de una religión, sólo es la expresión colectiva y abreviada. Se ha visto conservar por el movimiento de las pequeñas oposiciones infinitesimales de que acabo de hablar, el aspecto estético de la vida social, el cual no es comparable

ni oponible á nada. Lo anteriormente dicho constituye un sumario incompleto, y es de importancia tratar el asunto con mayor detenimiento, por haber sido poco explorado, mereciendo serlo bastante.

Fijémonos bien, en primer lugar, en los diversos sentidos de esta palabra: Oposición. En mi libro sobre *La oposición universal*, propuse una definición y una clasificación, y me tomo la libertad de volver á ellas. Resumámoslas rápidamente bajo el punto de vista que deseamos. La oposición se ha considerado, injustamente, como un máximun de diferencia. En realidad, es una clase de repetición muy singular, la de dos cosas semejantes, dispuestas á destruirse entre sí en virtud de su misma semejanza. Las opuestas, las contrarias, forman, por consiguiente, siempre, una pareja, una dualidad, y son oponibles no sólo entre seres ó grupos de seres, cosas siempre de semejantes *sui generis* por algún concepto, no tan sólo entre *estados* de un mismo ser ó de seres diferentes, sino entre *tendencias* y hasta entre *fuerzas;* porque si consideramos ciertas formas ó estados como opuestos, lo cóncavo y lo convexo, el placer y el dolor, el frío y el calor, es en razón de la contrariedad real ó supuesta de las fuerzas que han producido estos estados. Vemos, por este motivo, que deben eliminarse desde su principio como otras tantas pseudo-oposiciones, todas las antítesis de las mitologías ó de las filosofías de la historia que tienen su fundamento en pretendidas contrariedades de la *naturaleza*, entre dos pueblos, dos razas, dos formas de gobierno: la República y la Monarquía, por ejemplo (examínense respecto al

asunto las teorías egelianas) entre el occidente y el oriente, entre dos religiones, la cristiandad y el islamismo; entre dos clases de lenguas innatas: idiomas semíticos é indo-europeos. Existen también contrastes accidental y parcialmente verdaderos, si consideramos el aspecto de las cosas que por una circunstancia especial más ó menos pasajera niegan y afirman la misma idea, desean y rechazan el mismo objeto que se proponen, pero son contrastes quiméricos lo que consideraron los filósofos antiguos acerca de la antipatía de ciertas cosas con relación á otras juzgándolas innatas, absolutas y esenciales.

Toda oposición verdadera implica, pues, una conexión entre dos fuerzas, dos tendencias, dos *direcciones*. Pero los fenómenos que constituyen estas dos fuerzas, pueden ser de dos clases: cualitativos y cuantitativos, mejor dicho, formados por fases heterogéneas ó por fases homogéneas. Una serie de fases heterogéneas es una evolución cualquiera que puede ser considerada (con razón ó sin ella) como reversible y susceptible de retrogradar, siguiendo un camino precisamente inverso. Por ejemplo, de un trozo de madera, un químico, mediante una serie de operaciones químicas, acabará por extraer aguardiente, lo cual no quiere decir que por otra serie de operaciones inversas, sea posible reconstruir el pedazo de madera, pero si esto no es posible, á lo menos es imaginable. Este es el sueño de los antiguos filósofos en lo referente á las transformaciones de la humanidad. Una serie de fases homogéneas es la evolución especial que llamamos aumento ó disminución, crecimiento ó decrecimiento, alza ó

baja. No es necesario insistir, para hacer notar cómo á medida que la ciencia social adelanta con la civilización, las oposiciones precisas y conmensurables de este orden van revelándose y multiplicándose, bajo la forma de curso en la Bolsa, de diagramas estadísticos, donde el alza y la baja de tal ó cual valor, el alza y la baja de tal ó cual género de criminalidad, suicidio, natalidad, matrimonios, de la previsión señalada en las libretas de las Cajas de ahorro, seguros, etc., se registran en curvas ondulatorias.

Acabo de distinguir las oposiciones de serie (evolución y contra-evolución y las oposiciones de grado, aumento y disminución). Una categoría más importante es todavía la de las oposiciones de *signo* ù oposiciones *diametrales*, si se quiere. Aunque éstas se confundan frecuentemente con las precedentes en el idioma de las matemáticas, donde más simbolizan el contraste entre lo *positivo* y lo *negativo* que el de aumento y disminución, no es menos cierto que el crecimiento ó el decrecimiento de una misma fuerza dirigida en idéntico sentido constituye una oposición muy distinta á la de dos fuerzas, una en dirección de A á B, y la otra de B á A, ambas en la misma recta. Así como la oposición entre el crecimiento y decrecimiento de un crédito no debe confundirse con la de este crédito y otra deuda igual; la mayor ó menor propensión al robo y á la malignidad en una sociedad es otra cosa que la antítesis entre esta propensión y la inclinación á la donación y la beneficencia. Para dar inmediatamente la explicación psicológica de estos contrastes sociales y muchos otros, decimos que el aumento ó la disminución

de nuestra creencia *afirmativa* en una idea religiosa ó científica, jurídica ó política es diferente á nuestra afirmación; después nuestra *negación* de esta misma idea y que el aumento ó la disminución de nuestro deseo de un objeto, por ejemplo, nuestro amor á una mujer, es cosa distinta á nuestro deseo ó á nuestra aversión á ese mismo objeto, á nuestro amor ó á nuestro odio á aquella mujer. Es verdaderamente curioso comprobar que estas cantidades subjetivas, creencia y deseo, soportan signos distintos y opuestos, el uno positivo, negativo el otro, y que en esto son perfectamente comparables á las cantidades objetivas y á las fuerzas mecánicas dirigidas en sentido inverso sobre una misma línea recta. El espacio está constituído en una forma que soporta una infinidad de pares de direcciones opuestas una á otra, y nuestra conciencia está también constituída para soportar una infinidad de afirmaciones opuestas á otras negaciones, una infinidad de deseos opuestos á otras tantas repulsiones y teniendo precisamente la misma misión. Sin esta doble singularidad, pues la coincidencia no deja de serlo, en el Universo no se conocerían apenas la guerra y la discordia y todo el lado trágico del destino, sería tan inconcebible como imposible.

Advertencia esencial. Las oposiciones, bien sean de *serie*, de *grado* ó de *signo* pueden tener lugar entre términos realizados, sea entre un mismo ser (una misma molécula, un mismo organismo, un mismo *yo*) ya entre dos seres diferentes (dos moléculas ó dos masas, dos organismos, dos conciencias humanas). Pero es

muy importante distinguir estos dos casos. Importa en primer lugar, desde el punto de vista de una distinción no menos esencial y que consiste en no confundir el caso en que los términos son simultáneos y en el que son sucesivos. En el primer caso hay choque, lucha, equilibrio; en el segundo alternativas, ritmo. En el primer caso hay siempre destrucción y pérdida de fuerza; en el segundo, no. Según esto, cuando se producen en el seno dos seres de diferentes oposiciones, bien sean de serie, como de grado ó de signo, pueden ser simultáneas ó sucesivas, luchas ó ritmos; pero cuando sus términos pertenecen á un mismo ser, á un mismo cuerpo, á un mismo yo, no pueden ser simultáneas, lo mismo que sucesivas si no son oposiciones de signo. En cuanto á las oposiciones de series y de grado dentro de esta hipótesis, sólo admiten términos sucesivos y alternos. Por ejemplo, no es posible que la velocidad comunicada á un móvil que marcha en una misma dirección, aumente y disminuya á la vez, estos ó lo posible sucesivamente; pero sí es posible que este móvil esté animado á la vez de dos tendencias á marchar en otros tantos sentidos contrarios: de aquí, el equilibrio simbolizado frecuentemente por la simetría de formas opuestas, especialmente en los cristales. Del mismo modo el amor de un hombre hacia una mujer no puede al mismo tiempo estar dispuesto á aumentar y disminüir; esto sólo es posible alternativamente, pero sí puede amar y odiar al propio tiempo á esta misma mujer, antinomia del corazón realizada por tantos crímenes pasionales. No puede á la vez la fe religiosa de un hombre crecer y menguar, pero

esto es posible sucesivamente, no obstante puede dudar de una afirmación enérgica de ciertos dogmas y la negación implícita de los mismos, pues encuentra alguna creencia ó perjuicio social ó político que las destruye. Por último, no se puede evidentemente hacer pasar la misma molécula á la vez por una serie determinada de transformaciones químicas y por la transformación inversa, como tampoco que el mismo hombre perciba á la vez en dos sentidos opuestos la misma serie de estados psicológicos; esto sólo es posible sucesivamente. Por el contrario, nada es más común que ver á la vez en un sistema de cuerpos astronómicos ó de otra especie, un cuerpo que va del afelio al perihelio mientras que otro marcha del perihelio al afelio, ó un cuerpo que se acelera mientras que otro se modera; como tampoco hay nada más ordinario que ver en una sociedad á una persona cuya ambición ó cuya fe aumenta, mientras que esta misma ambición ó esta misma fe disminuye en otra, ó un individuo que al hacer un viaje circular atraviesa por una serie de sensaciones visuales, mientras que otra persona sigue el itinerario inverso y recorre inversamente esta misma gama.

La discusión de cada una de las especies de oposiciones conocidas nos llevaría muy lejos. Limitémonos á presentar algunas consideraciones generales. Desde luego, si hay *oposiciones externas* (llamemos así á las oposiciones de tendencias entre varios seres, entre varios hombres), éstas sólo se han considerado posibles por lo que hay ó puede haber en las oposiciones *internas*, (entre tendencias diferentes de un mismo ser, de un mismo hombre).

Esto se aplica á las oposiciones de series y de grados, así como también á las oposiciones de signo, sobre todo á estas últimas. Si existen hombres ó grupos de hombres que evolucionan en un sentido determinado mientras que otros lo hacen en sentido inverso, del naturalismo al idealismo en arte, por ejemplo, ó del idealismo al naturalismo, del régimen aristocrático al democrático, ó de la democracia á la aristocracia, etc., es porque cada hombre puede evolucionar y contra evolucionar de esa manera. Si existen pueblos y clases en que la fe religiosa aumenta, mientras que en otros pueblos ó clases declina, es porque la conciencia de cada hombre admite los crecimientos y decrecimientos de intensidad de la creencia. Si hay, finalmente, partidos políticos ó sectas religiosas que afirman y desean precisamente lo que otros partidos políticos y otras sectas religiosas niegan y rechazan, es porque el espíritu y el corazón de cada hombre son susceptibles de contener el *sí* y el *no*, el pro y el contra acerca de una idea ó una creencia.

Por este motivo no está en mi ánimo querer identificar las luchas *externas* con las *internas*. Son incompatibles; en efecto, sólo cuando la lucha interna ha terminado, cuando el individuo, después de haber sufrido el tiroteo de las influencias contradictorias, ha hecho su elección, ha adoptado tal opinión ó cuál resolución, más bien que tal otra, firmando la paz consigo mismo, es cuando se hace posible la guerra entre él y los individuos que han hecho una elección contraria. Pero para que estalle la guerra, esto no es suficiente. Es preciso, además, que este individuo sepa que los otros han escogido

lo contrario que él. Sin esto la oposición exterior de los contrarios simultáneos, así como también sucesivos, no existiría apenas y dejaría de presentar los caracteres de una lucha externa, que es lo que la hace eficaz. Para que haya guerra ó lucha religiosa, es preciso que cada fiel de un culto sepa que los fieles de tal otro niegan precisamente lo que él afirma, y es preciso que esta negación (no adoptada imitativamente, sino al contrario, rechazada por él) se yuxtaponga en su conciencia á su propia afirmación y aumente su intensidad. Para que haya compentencia económica, por ejemplo, entre dos candidatos á la compra de una casa, es preciso que cada uno de ellos sepa que su voluntad por tener el inmueble está contrarrestada por sus competidores, que quieren que no lo tenga. Y aumenta su deseo al saber que sus competidores no quieren que lo posea. Sin esta condición, la concurrencia por sí misma es estéril, y los economistas han tenido la equivocación de no distinguir con bastante claridad el caso en que los competidores no tienen conciencia de su concurrencia y la variable medida de esta conciencia, como los grados que la separan de la inconciencia completa. He aquí por qué tenía razón al decir que es preciso buscar la oposición social elemental, no como se la podría creer de primera intención en la relación entre dos individuos que se contradicen y contrarían, sino en los duelos teológicos y lógicos, en los combates singulares de tesis y antítesis, del querer y el no querer, de cuyas luchas es teatro la conciencia del individuo social. Ciertamente, se me podrá preguntar: ¿En qué difiere, pues, la oposición simplemente psi-

cológica de la oposición social? Difiere por su causa y, particularmente, por sus efectos. Por su causa: un hombre solitario, recibe por sus sentidos dos percepciones en apariencia contradictorias, vacila entre dos juicios sansitivos; el uno le dice que aquella mancha que descubre allá abajo es un lago, el otro que le dice lo contrario; he aquí una oposición interna cuyo origen es en absoluto psicológico y el caso es infinitamente extraño. Se puede afirmar, sin temor á equivocarse, que todas las dudas, todas las vacilaciones que experimenta el hombre más aislado, nacido en la tribu más salvaje, son debidas al choque que se verifica en sí mismo, bien de dos irradiaciones de ejemplos que interfieren en su cerebro ó de un haz de ejemplos que se cruza con una percepción de los sentidos. Al escribir, vacilo con fracuencia entre dos locuciones sinónimas, cada una de las cuales se presenta como más apropiada en un momento dado: aquí interfieren en mí dos irradiacionas imitativas; considero dos series de hombres que, á partir de los primeros inventores de una palabra y otra, han venido á unirse en mí. Porque yo he aprendido cada una de esas palabras de un individuo que, á su vez, las aprendió de otro, y así sucesivamente hasta el primero que las pronunció. (Esto es á lo que llamo, una vez más, irradiación imitativa, la totalidad de irradiaciones de ese género que se desprenden de un inventor, de un imitador, de un innovador cualquiera cuyo ejemplo se propaga, es á lo que yo le llamo *resplandor* imitativo. La vida social se compone de un espeso entrecruzamiento de irradiaciones de este género, entre las cuales las interferencias son in-

numerables). Otros ejemplos: Soy juez y dudo entre una opinión que se funda en una serie de decretos conformes con el parecer emitido por tal autor, Marcadé ó Demolambe, y una opinión opuesta que funda en otra serie de decretos publicados por otro comentador; otra interferencia de irradiaciones imitativas. Lo mismo que cuando he de iluminar mi habitación, y vacilo entre el gas y la electricidad. Pero, cuando un chico del campo, ante una puesta de sol, no sabe si debe creer lo que dice su maestro de escuela que asegura que la caída de la tarde es debida á un movimiento de la tierra y no del sol, ó al testimonio de sus sentidos que le dicen lo contrario, en este caso sólo tiene lugar una irradiación imitativa, que por su maestro de escuela le une á Galileo. Poco importa; esto es lo suficiente para que su duda, su oposición interna é individual, sea social por su causa.

Pero es principalmente por sus efectos ó más bien, por su ineficacia, por lo que la oposición simplemente individual difiere de la social elemental, que, sin embargo, es también individual. Algunas veces la vacilación del individuo queda encerrada en él y no se propaga ni tiende á propagarse imitativamente entre sus semejantes; en este caso, el fenómeno es puramente individual. Ocurre á menudo que la misma duda es casi tan contagiosa como la fe, y toda persona que en un medio ferviente, por ejemplo, se convierte en escéptica, no tarda en ser el foco de un escepticismo que irradia su creencia á su alrededor. ¿Puede negarse en tal caso el carácter social del estado de lucha interna, propia á cada uno de los individuos de ese grupo?

Consideremos la cuestión de una manera más general. Cuando el individuo tiene conciencia de la contradicción que existe entre uno de sus juicios, sus deseos, sus ideas ó sus costumbres (dogma, giro gramatical, procedimiento industrial, clase de arma ó de útil, etc.), y un juicio, un deseo, una idea ó una costumbre de otro hombre ó de otros hombres, escoge entre las tres una. O bien se deja llevar por completo por el dictamen de los otros, abandonando bruscamente su modo propio de pensar y obrar, y en ese caso no hay lucha interna, hay una victoria sin combate; eso sólo es uno de los repetidos fenómenos de imitación de que la vida social está formada. Puede también ocurrir que el individuo sólo experimente á medias la influencia de los otros, en el caso anterior, y entonces el choque va seguido de un decrecimiento de su fuerza contenida y paralizada. O bien resistir la influencia que le inclina contra la idea ó costumbre extraña, contra la creencia ó la voluntad que lo impulsan, y afirma ó quiere con mayor fuerza lo que ya afirmaba y quería. Pero en este último caso donde todas las energías de su convicción y su pasión tienden á repeler el ejemplo ajeno, es en el que hay mayor lucha íntima de otro género, ciertamente, ya que ésta ejerce una acción contraria á la enervante que ejercía la primera. Y esta confusión todavía es preferible á la otra porque es una sobrexcitación y no una parálisis de las fuerzas individuales, por lo cual es más susceptible de desarrollo contagioso; de aquí la excisión de una sociedad en partidos. Un nuevo partido está formado siempre por un grupo de individuos que han adoptado, unos después de

otros, por el ejemplo, una idea ó una resolución contraria á la que existía anteriormente en sus ánimos y convicciones. Por otra parte, este dogmatismo moderno se ha hecho más intolerante é intenso á medida que ha ido tomando incremento y excita la coalición entre los que, fieles á las tradiciones, han hecho una elección contraria, y he aquí dos fanatismos frente á frente.

Se descubren, bajo su forma dogmática y violenta, como también bajo el aspecto escéptico y enervado. La yuxtaposición individual de términos opuestos, es social con la condición de esparcirse imitativamente. Si fuera de otro modo, sería preciso decir que no hay nada de social en hechos como los siguientes: la rivalidad entre dos lenguas, el francés y el alemán, el francés y el inglés, en sus fronteras respectivas, en Bélgica, en Suiza, en las citadas Islas normandas; ó la rivalidad de dos religiones también limítrofes. Cada una de esas religiones, cada uno de esos idiomas, están constantemente en pugna, y sus combates no se libran entre hombres rivales, sino en cada espíritu, en cada conciencia, entre dos locuciones rivales, entre dos creencias contrarias. ¿Hay algo más interesante, socialmente, que esos aluviones lingüísticos y religiosos? Socialmente, todo procede, pues, de las oposiciones psicológicas; conviene, por lo tanto, insistir sobre este asunto. No es tampoco menos cierto que importa en gran manera no confundir las dos formas bajo las cuales se nos presenta la oposición; una, en la que la lucha entre dos términos yuxtapuestos tiene lugar en el mismo individuo, la otra, en la cual el individuo no adopta más que uno de los dos términos opuestos, cualesquiera que sean los yuxtapuestos en él, y por lo tanto el combate sólo tiene relación con el aspecto en que considera sus analogías con los demás hombres. Se puede preguntar uno con este motivo, y yo mismo me lo pregunté hace largo tiempo, (1) qué es peor para una sociedad, si el estar dividida en partidos ó en sectas que combaten por sus programas y dogmas opuestos, en pueblos que guerrean, ó estar compuesta por individuos en paz unos con otros, pero individualmente en lucha cada uno consigo, por el escepticismo, la irresolución ó el desaliento. ¿Es mejor esta paz superficial, que oculta el estado de guerra sordo y continuo de las almas, ó diremos que las guerras más mortíferas, las mismas guerras religiosas y todos los accesos de delirio político con sus sangrientas revoluciones, son preferibles á ese embotamiento?

Si fuera cierto que no podíamos optar más que por una de estas dos soluciones, confesemos que el problema social sería portentosamente arduo. Ahora bien: ¿no parece que ocurra esto y que los hombres al no cesar momentáneamente de combatir con encarnizamiento, ya haciéndose guerra en los campos de batalla ó en la palestra de la concurrencia industrial, ó de la competencia política, sea por no caer en el malestar profundo de los espíritus ansiosos, indecisos, desfallecidos, que titubean entre sus sacerdotes y sus doctores que se contradi-

(1) Artícuio reproducido más tarde en mis *Beyes de la imitación*, Cap. I.

cen entre las antiguas máximas de una moral respetada de dientes á fuera, y las prácticas contrarias de una moral que no se atreven á formular? ¿Y no es cierto que cuando los hombres ponen fin á su descuartizamiento interior y á todas las artes de la guerra, es para alistarse en dos bandos según la opción que han hecho y volver á pelear de nuevo? Entre la guerra exterior ó la lucha interna, no sabríamos qué escoger. Este sería el dilema ofrecido á los últimos soñadores (de los cuales yo soy uno) de la perpetua paz.

Pero, felizmente, la verdad es menos triste y desesperante. La observación demuestra que todo estado de lucha, exterior ó interior, aspira siempre y acaba por tender á una victoria definitiva ó á un tratado de paz. Para la lucha íntima, bajo el nombre que quiera dársele, duda, irresolución, angustia, desesperación, esto es evidente: la lucha aquí aparece como una crisis excepcional y pasajera y nada se advertiría considerándola como el estado normal, y juzgándola preferible con sus agitaciones dolorosas, á la paz llamada enervante, del trabajo regular bajo el imperio de un juicio y una voluntad decididos. Mas para la lucha exterior, para la lucha entre hombres ¿no sucede de otro modo? El estudio de la historia nos demuestra que la guerra evoluciona siempre en cierto sentido, y esta dirección fácil de distinguir á través de la trama de los hechos históricos, nos augura su futura desaparición, después de una disminución gradual. En efecto, á consecuencia de la irradiación imitativa que trabaja incesantemente por ensanchar los límites del campo social, los fenómenos sociales se van ensanchando, y la guerra participa de este movimiento. De una infinidad de guerras muy pequeñas pero muy feroces entre tribus poco numerosas, se ha pasado á un número mucho menor de guerras un poco más grandes pero también menos encarnizadas; entre ciudades pequeñas, después otras más populosas, más tarde entre pueblos que van aumentando y por fin llegamos á una era en que las grandes conflagraciones son muy raras y sin ninguna ferocidad, entre dos colosos nacionales á los que su misma grandeza vuelve pacíficos.

Me detengo para hacer notar que por esta gradación de paso de lo pequeño á lo grande, de lo pequeño muy abundantemente á lo grande muy escaso, la evolución de la guerra y en general de todo fenómeno social parece contradecir la evolución de las ciencias tal como yo la he expuesto hasta aquí. Pero en realidad, es la contraprueba, la confirmación. Es precisamente porque todo, en el mundo de los hechos, va de menor á mayor, así como en el mundo de las ideas, espejo vuelto del primero, todo va de mayor á menor; y por los progresos del análisis coloco en último lugar los hechos elementales verdaderamente explicativos. Insistamos. Por cada una de las etapas, por cada uno de los desarrollos, que ante todo son aplacaciones, se ve que la guerra ha disminuido ó al menos ha sufrido transformaciones que permiten juzgar de una manera favorable su ulterior desaparición. Cada dilatación de los Estados, tribus convertidas en ciudades, ciudades en reinos, imperios, federaciones, han tenido por resultado la supresión de los combates en una región cada vez más extensa.. Ha ha-

bido simpre en la tierra, hasta en nuestra época, regiones limitadas, un valle cerrado por montañas, una gran isla, un fragmento separado de una superficie continental, más tarde el circuito de un mar interior, que han sido considerados largo tiempo por sus habitantes como una especie de universo distinto; y cuando aquel pequeño universo llega á ser pacificado por una serie de conquistas, al quedar todas aquellas localidades sometidas bajo el mismo yugo, parece ya cumplido el objeto propuesto, el fin constantemente perseguido, que la pacificación universal se ha alcanzado. Consideremos por un momento el imperio de los Faraones, el imperio chino, el Perú de los Incas, ciertas islas del Pacífico, el imperio romano. La desgracia es que, apenas se vislumbra, ese término tan deseado retrocede, la tierra aparece más grande de lo que se creyó; se traban relaciones, que presto se convierten en litigios, con poderosos vecinos cuya existencia ni se suponía y á los cuales es preciso conquistar ó ser conquistados por ellos, para establecer definitivamente la paz universal. La continuación de las guerras es, en suma, la extensión del campo de la paz. Ahora bien, esta extensión es finita; es doloroso confesar este espejismo, puesto que el globo tiene sus límites, y que desde hace tiempo le hemos dado la vuelta. Lo que caracteriza nuestra época, lo que la diferencia profundamente, en un sentido, de todo el pasado, sin embargo de que las leyes de la historia son las mismas que se aplicaban á sus antepasados, es que por primera vez la política internacional de los grandes Estados civilizados abarca con sus preocupaciones, no sólo como antiguamente, un continente ó dos, sino la totalidad del globo, y de este modo se descubre por fin el último término de las evoluciones de la guerra, perspectiva tan halagüeña que casi no llega á creerse, perspectiva de una finalidad difícil de realizar, seguramente, pero muy real, que no tiene nada de engañosa y que si se aproxima no sabrá retroceder. ¿No hay aquí para electrizar todos los corazones? Después de haber establecido la paz en los límites de un río, como el Nilo, ó el Amur, sobre el titoral de un mar pequeño, despues de haber sido la civilización como lo ha demostrado Metchnikoff (y lo explican á maravilla las leyes de la irradiación imitativa) fluvial y después mediterránea, se convierte en oceánica, mejor dicho, planetaria y como ahora el período de crecimiento ha cesado, puede comenzar su florescencia.

Es muy cierto que cuando hayan desaparecido por completo las guerras, no desaparecerán con ellas las luchas entre hombres. Entre otras, especialmente, la competencia. Pero á ésta, que es también una oposición social de orden económico y no político, puede aplicarse lo dicho anteriormente. Como la guerra, la concurrencia va de menor á mayor, y de lo muy pequeño y numeroso á lo excesivamente grande y escaso. La concurrencia, desde su principio se presenta bajo tres formas: concurrencia entre los productores de un mismo artículo, concurrencia entre los consumidores de un mismo artículo y concurrencia entre productor y consumidor, vendedor y comprador del mismo artículo. Porque si se trata de artículos diferentes no hay ninguna oposición recíproca

de los deseos; hay más bien adaptación recíproca, si los artículos son susceptibles de cambiarse.

Pero, desde luego, ya que tratamos aquí un asunto de los más delicados y el cual no nos conviene de momento estudiar sino por un lado especial, fuera de toda conexión con el partido colectivista, ú otro, hagamos algunas observaciones acerca de una verdad positiva. *Concurrencia* es una palabra ambigua que significa á la vez *concurso* y *lucha* y por este motivo es por lo que la disputa se eterniza entre los que maldicen con justicia este equívoco del cual sólo ven el lado de la oposición y los que, no menos justamente, lo alaban por las invenciones civilizadoras á que ha dado lugar, mirado desde el punto de vista de la adaptación. Y aquí la consideramos bajo su aspecto desfavorable.

No es absolutamente esencial al deseo de los diversos consumidores ó productores de un mismo objeto ni tampoco á los deseos de unos, confrontados con los otros, el combatirse ni replicarse. Productor y comprador están siempre de acuerdo, en el sentido de que uno quiere comprar lo que el otro tiene para vender, es verdad que no es siempre al mismo precio, pero sí al que ellos creen conveniente y pone fin al debate que sostienen. Las aspiraciones de los productores no tienen nada de contrarias, pues cada uno de ellos tiene su clientela, y su mercado, momentáneamente inextensibles, como su producción; sólo son contrarios, á medida que los medios de producción van extendiéndose; entonces cada uno de ellos desea producir más y apropiarse la producción de los

otros. Es cierto que la civilización, como tiene por objeto aumentar continamente los medios de acción, no puede evitar la lucha entre los co-productores, la cual cada día se hace más intensa.

En cuanto á los deseos de los consumidores de un artículo determinado, puede decirse que, lejos de perjudicarse los competidores á la compra de un mismo artículo, se ayudan con frecuencia, cuando la producción de este es de índole tal, que marcha al mismo paso que su consumo; pues mientras más gente haya deseosa de comprar bicicletas, más bajará el precio de éstas. Los deseos de los consumidores no están verdaderamente en pugna más que en el caso (bastante frecuente para los artículos de primera necesidad y también para los de gran lujo) en que hay menos ejemplares de la cosa pedida que demandas, y estos no pueden multiplicarse con la rapidez que se multiplican los deseos producidos por el contagio de la moda.

Dicho esto, observemos, para volver sobre nuestra idea, que cada una de las tres clases de concurrencia que hemos distinguido aquí se aviene con la ley indicada. Entre vendedor ó comprador, en los mercados primitivos, las transaciones eran poco importantes, é innumerables; poco á poco han ido supriméndose, pero para sustituirlos por grandes mercados que hacen sus veces y en los que los municipios intervienen en la fijación de los precios à que ha de venderse el trigo ó la carne; y cuando estos se suprimen, es para ser reemplazados por otros centros de contratación mayores aún, por las discusiones de las Cámaras donde

se debaten los proyectos de ley que tienden á favorecer, por la imposición ó supresión de ciertos derechos de aduana, los intereses de la masa de los productores, ó los de la masa de los consumidores nacionales. Las sociedades cooperativas llamadas de consumo, es decir, donde el consumidor y el productor son una misma persona, han nacido por la necesidad de poner fin á esa competencia. Entre los compradores, la concurrencia vá también (1) extendiéndose en todos los mercados de la antigüedad; la competencia por un saco de trigo, ó una cabeza de ganado estaba reducida entre pocas personas; á estas innumerables y pequeñas competencias, que terminan sea por uniones de intereses, ó bien con frecuencia, por la formación de sociedades locales de monopolio, suceden, cuando los mercados comienzan á ser escasos, competencias cada vez más extensas que tienden á verificar uniones más importantes, tales como los sindicatos agrícolas unas veces, otras monopolios más vastos, los *trusts* y los *kartells* gigantescos que conocemos.

Pero tratemos de la concurrencia mejor estudiada, y en realidad la más intensa, porque es la más consciente, la de productores con pro-

(1) En los tiempos de escasez de nuestros días, no hay un saco de trigo en el fondo de la última aldea de Crimea ó de América para el cual no haya competidores, no sólo los vecinos como en otro tiempo, sino negociantes de todas las naciones europeas; lo propio ocurre con las curiosidades artísticas de la antigüedad, cuadros notables, libros, etc., todo tiempo es propicio para la compra de esas obras de arte; en el más oculto castillo francés, no sólo hay que temer á algunos *amateurs* del vecindario, de la provincia ó de la nación, sino á millares de americanos.

ductores. Comienza por rivalidades sin número, entre pequeños negociantes que se disputan mercados minúsculos, primitivamente yuxtapuestos y casi cerrados; pero á medida que estos, por rebajarse sus barreras, se confunden con los mercados más grandes y menos numerosos, los pequeños establecimientos rivales tienen que fusionarse de grado ó por fuerza en fábricas más grandes y menos abundantes, donde el trabajo productor que poco antes era celosamente opuesto á sí mismo, está entonces armónicamente coordinado; y la rivalidad de estas fábricas se reproduce en mayor escala que en los establecimientos antes citados: hasta que se llega, por medio del engrandecimiento gradual de los mercados que tienden á convertirse en mercado único, á esos colosos de la industria y del comercio, rivales también, á menos que no obren de concierto.

En suma, la concurrencia se desenvuelve por círculos concéntricos que van ensanchándose. Pero el ensanchamiento de la concurrencia tiene por condición y por razón de ser el ensanchamiento de la asociación. De la asociación ó del monopolio, se objetará. Bien está, pero el monopolio no es más que una de las dos soluciones que el problema de la concurrencia admite, como la unidad imperial no es más que una de las dos soluciones del problema de la guerra. Uno de estos problemas puede resolverse por la asociación de los individuos, el otro por la confederación de los pueblos. Por lo demás, el monopolio mismo, á fuerza de extenderse, va atemperándose, y si llegase á ser universal, en determinadas especies de producción, punto hacia donde camina y que M. Paul,

Leroy-Beaulieu, equivocadamente á mi juicio, juzga absolutamente inaccesible (1), sería probablemente más soportable en ciertos casos, que el estado de concurrencia absoluta al que sustituiría. La concurrencia tiende á una monopolización, al menos parcial y relativa, ó á una asociación de competidores, como la guerra tiende al aplastamiento del vencido, ó á un buen tratado de paz y, en ambos casos, á una pacificación, al menos parcial y relativa, también. Para esto han servido los engrandecimientos de los Estados conquistadores. Los grandes Estados modernos, parecidos en esto á los señores feudales de la edad media, sólo han conseguido una paz muy incompleta, y de

(1) Un monopolio es siempre parcial y relativo. Sin duda, M. Paul Leroy-Beaulieu tiene razón al decir que la concurrencia no tiende al monopolio *absoluto* y *completo*, y el ejemplo que cita de los grandes almacenes del Bon Marché, por ejemplo, que después de haber suprimido la concurrencia de infinidad de establecimientos pequeños, ha visto surgir la del Louvre, del Printemps, la Sammaritaine, etc., parece á primera vista de los convincentes. Pero, en realidad, cada uno de esos colosos del comercio, en cierto radio y en determinada medida, ha monopolizado una situación que se disputaban millares de almacenes pequeños; cada uno de ellos tiene su clientela propia en provincias y que por una razón cualquiera, capricho ó moda, no compra en otro lado. Lo más frecuente es porque tiene fama el establecimiento de vender *tal artículo* en mejores condiciones que sus competidores. En realidad esta llamada competencia que los grandes almacenes se hacen unos á otros (además de que fácilmente puede ser atenuada por una inteligencia entre ellos, cosa más fácil ya por ser menos númerosos que no lo eran los pequeños almacenes á los cuales han sustituído) tiende á convertirse en una simple división del trabajo, ó mejor dicho una repartición de monopolios parciales que se han dividido ó que van haciéndolo insensiblemente.

corto reinado, hasta el presente, pero cuya extensión y duración va cada vez aumentando como los formidables armamentos de que disponen hoy en día. Negar que la concurrencia tiende al monopolio (ó asociación) y persuadirse de que de este modo se va en defensa de ella contra sus detractores, es rechazar la única excusa que puede alegar; es como si para defender al militarismo de los ataques de que es objeto, se esforzaran en demostrar que no es verdad que la guerra lleve en su seno la paz después de la victoria. Ciertamente, la guerra sólo conoce la paz como una finalidad, pues nace de la primera, y en mayor escala ocurre con la concurrencia, pues ésta no se apacigua sino para renacer en la forma de asociaciones, que tienen sus rivalidades, como entre corporaciones, sindicatos y así sucesivamente; pero se llega también en este caso á la formación de asociaciones monstruos, que no pudiendo crecer más, no podrán combatirse, sino formar otras sociedades.

Existe una tercera forma de lucha social: la *discusión*. Sin duda está comprendida en las precedentes; pero si la guerra y la concurrencia son discusiones, la primera es una discusión de actos mortíferos, la segunda de actos ruinosos. Digamos cuatro frases sobre la discusión de palabra pura y simplemente. Esta también, cuando evoluciona (porque existen muchísimas discusiones privadas que no lo hacen y mueren donde han nacido felizmente), lo verifica como acabamos de decir, aunque en este caso el fenómeno sea menos visible. No olvidemos que cuando la discusión mental entre dos ideas contradictorias de un mismo cerebro ha llega-

do al fin, es cuando la discusión verbal comienza entre dos hombres que han resuelto la cuestión sin estar de acuerdo. Lo mismo que si la discusión verbal ó escrita entre grupos de individuos cada vez más numerosos, se sustituye por la discusión verbal entre dos, es con la condición de que se termine en cada uno de esos grupos por un acuerdo relativo y momentáneo, por una especie de unanimidad dividida, desde luego, en una infinidad de corrillos, tribus, iglesias, escuelas, todas pequeñas, que se combaten y, finalmente, después de numerosas polémicas, quedan concentradas en un corto número de grandes partidos, grandes religiones, grupos parlamentarios, escuelas de filosofía ó de arte, entre las cuales se libran los combates supremos. ¿No ha sido de este modo como se ha establecido poco á poco la unanimidad del catolicismo? ¿No ocurrieron en los dos ó tres primeros siglos de la Iglesia innumerables discusiones, que algunas veces degeneraron en luchas sangrientas entre los fieles de cada iglesia local, terminando por implantar un pequeño credo, pero el cual, en desacuerdo sobre ciertos puntos con el credo de las iglesias cercanas, daba lugar á su vez á concilios provinciales que resolvían esas dificultades, salvo en el caso de no conformidad entre ellos y llevar sus querellas al seno de los concilios nacionales ó ecuménicos? La unanimidad política de la antigua Francia, imperando el régimen monárquico, se formó de este modo; y la unanimidad política de la Francia moderna en el sentido democrático, está en camino de hacerse igualmente. Lo que yo llamaría, desde luego, la unanimidad lingüística, es decir, la unidad de la lengua nacional á pe-

sar de las rivalidades entre dialectos y provincialismos rebeldes al purismo ortodoxo, no se ha establecido de otro modo. La unanimidad jurídica se ha formado largo tiempo después, de una manera análoga, por un sinnúmero de prácticas locales que, apaciguando millares de discusiones de derecho, (no todos los procesos lo demuestran), han sido reemplazadas por una legislación uniforme. La unanimidad científica se presta á consideraciones análogas, se ha operado lentamente, pero en gran medida, por una serie de discusiones pacíficas y renacientes entre sabios y entre escuelas científicas.

Entre todas las formas de discusión existe una, la discusión judicial, el pleito (civil ó comercial), á la cual debe prestarse señalada atención. ¿Es cierto que á medida que los procesos aumentan, por esta misma causa tienden á su aplacamiento? Sí, por extraña que á primera vista pueda parecer semejante proposición. Desde luego, es muy cierto que entre los pueblos primitivos, los pleitos no diferían gran cosa de las guerras privadas; y en efecto, sin la presencia soberana del juez Estado, la mayoría de los altercados entre pleitistas acababan á golpes. Los pleitos son duelos atenuados, guerras en embrión. Y, recíprocamente, las guerras son pleitos entre naciones, procesos que han alcanzado su desarrollo natural por la ausencia de una autoridad supra-nacional. Si se comparan, pues, las querellas judiciales de nuestra época ante nuestros tribunales con las de la Edad Media, donde las partes eran campeones armados, y á los de las tribus germanas, se convendrá en que el ardor de los litigios no ha cesado de mitigarse. Y añado á esto, que

se ha suavizado por su mismo ensanchamiento. Puede decirse, en efecto, que las cuestiones de derecho han ensanchado su esfera de acción á medida que las costumbres locales han hecho lugar á las prácticas provinciales y, finalmente, á las leyes nacionales; á cada paso, para conseguir la unificación jurídica, cada forma de proceso, es decir, cada dificultad de derecho, al dar lugar á dos opiniones diametralmente contrarias, toma un carácter más general. Ahora bien, generalizándose de este modo, cada discusión jurídica tiende á su término final que es una sentencia del Tribunal Supremo que pone fin á esa clase de pleitos. ¡Cuántos casos de esta índole no han ocurrido en nuestro siglo!

¿Por casualidad se me objetará que los pueblos, á medida que se civilizan, aumenta en ellos el espíritu de la discusión, y que, lejos de sustituir por discusiones verbales privadas las discusiones públicas, las polémicas de la prensa y los debates parlamentarios no procuran aumentarlos? Esta objeción no tiene vuelta de hoja. Si los salvajes y los bárbaros discuten poco (y es una fortuna que así suceda porque la mayor parte de sus discusiones degeneran en querellas y combates) es porque hablan poco y piensan menos, ó mejor dicho, nada. Visto el escaso número de sus ideas, lo sorprendente es que choquen con relativa frecuencia. Lo raro es ver tantos litigios entre gentes cuya comunidad de intereses es casi absoluta. Al contrario, sucede un caso admirable en los pueblos civilizados y casi nadie le concede importancia; es que á pesar del cúmulo de ideas que asaltan nuestra imaginación por la conversación y la lectura, las discusiones son contadas y poco interesantes. Lo sorprendente es esto, ver los hombres que tanto piensan y hablan y tan poco se contradicen, tanto como se hace y tan poco como se litiga, ver que son contados los accidentes que producen los coches en nuestras calles tan concurridas y llenas de obstáculos, como las pocas guerras que estallan en estos tiempos en que nuestras relaciones internacionales son tan extensas como complicadas. ¿Qué es lo que nos ha puesto casi de acuerdo en tantos asuntos? Estas tres grandes cosas elaboradas sucesivamente por seculares discusiones: la Religión, la Jurisprudencia, la Ciencia. Advirtamos también que, en los países civilizados, á la inversa de los bárbaros, las discusiones públicas tienen mayor interés é importancia que las privadas. Nuestras sesiones parlamentarias cada vez son más violentas, mientras que el tono de las discusiones de café y de salón es mucho más moderado.

En resumen; la oposición-lucha en nuestras sociedades humanas, bajo sus tres principales formas; guerra, competencia y discusión, se presenta ante nosotros como obedeciendo á la misma ley de desenvolvimiento, de índole apaciguada intermitente y susceptible de aumento, que alterna con repeticiones de discordia amplias y centralizadas, hasta el acuerdo final por lo menos relativo. De aquí resulta ya (y tenemos muchos motivos para pensarlo), que la oposición-lucha no representa en el mundo social, como en el viviente y el orgánico, el papel de término medio destinado á desaparecer progresivamente consumido y eliminado por sus propias dilataciones, último paso hacia su destrucción. Y ha llegado el momento de

decir más explícitamente, qué relación existe entre estos tres grandes aspectos científicos del universo, que yo he llamado Repetición, Oposición y Adaptación de fenómenos. Los dos últimos proceden del primero, y el segundo es casi siempre el intermediario entre el primero y tercero. Esto es porque las fuerzas físicas se propagan ó tienden á propagarse en progresión geométrica por su repetición ondulatoria, é interfieren ó se adaptan combinándose y sus interferencias-choques sólo parece que sirvan para preparar sus interferencias-alianzas, sus combinaciones.

Esto es porque las especies vivientes, al tender á propagarse en progresión geométrica por la repetición hereditaria de sus ejemplares individuales, que ellos interfieren sea en fecundos cruzamientos, sea en combates por la vida, tan bien estudiados por los darvinistas, que sólo han descubierto la interferencia vital por el lado mortífero, donde han visto con una exageración manifiesta el único ó el principal procedimiento de la creación de nuevas especies, es decir, de la readaptación de las especies antiguas. Y es también porque las cosas sociales cualesquiera, un dogma, una locución, un principio científico, un rasgo de costumbres, una oración, un procedimiento industrial, etc., al tender á propagarse geométricamente por repetición imitativa, interfieren unas con otras con fortuna ó con desgracia, es decir, que se encuentren en disonancia con las ideas de otros cerebros donde dan lugar á los duelos lógicos ó teológicos, primer germen de las oposiciones sociales, guerras, concurrencias, polémicas, y que por su lado armónico interfieren en los cerebros, formando uniones lógicas, inventos é iniciativas fecundas, fuente de toda adaptación social.

He aquí tres términos de una serie circular, susceptible de hacerse indefinida. Porque al repetirse por la imitación, es cuando la invención y la adaptación social elemental se esparce y fortalece, dando lugar con su choque entre una de sus irradiaciones imitativas con otra igual, procedente de alguna otra invención antigua ó reciente, á suscitar nuevas luchas ya directamente ó á través de invenciones nuevas más complejas, presto radiantes, también imitativamente y así sucesivamente hasta el infinito.

Advirtamos que el duelo lógico, así como la unión lógica y el elemento social de la oposición-lucha, como el elemento social de la adaptación, necesita de la repetición imitativa para socializarse, hacerse general y crecer. Pero hay esta diferencia: que la propagación imitativa del estado de discordia interior entre dos ideas ó también el de discordia exterior entre dos hombres, al hacer elección cada uno de una idea contraria, debe tender con su esfuerzo al término de la discordia ya que todo combate tiene por resultado una victoria; mientras que la propagación imitativa del estado de armonía á la vez interna y externa realizado por la aclaración de una verdad nueva, síntesis de nuestros conocimientos anteriores y comunión de nuestro espíritu con todos los que la ven brillar, no tiene por qué detenerse y al avanzar se fortalece.

De los tres términos que hemos comparado,

el primero y el último exceden al tercero en elevación, profundidad, importancia y quizá en duración.

La única utilidad del segundo, de la oposición, es que provoca una tensión de las fuerzas contrarias, aptas para suscitar el espíritu inventivo; el ardid militar que al dar la victoria á un bando pone momentáneamente fin á la guerra; el invento industrial que, monopolizado por el que lo adopta, le asegura el triunfo sobre sus rivales y pone momentáneamente fin á la concurrencia; el invento filosófico, científico, jurídico, estético, que acaba por cortar bruscamente innumerables discusiones, sin perjuicio de dar origen más tarde á otras nuevas.

He ahí la sola utilidad, la única razón de ser de la oposición; pero, ¡cuántas veces recurre á la invención y no se responde! ¡Cuántas veces la guerra, en vez de estimular el genio lo inutiliza! ¡Cuántos talentos se tornan estériles por las polémicas de la prensa, los debates parlamentarios ó con la inútil esgrima de los Congresos! Todo lo que puede decirse (y que viene en apoyo de lo que precede), es que el orden histórico de preponderancia sucesiva de las tres formas de la lucha, es precisamente el de su aptitud para estimular la facultad inventiva: de la época en que la guerra predomina, se pasa á otra en que lo predominante es la concurrencia y finalmente la discusión.

En una sociedad que se civiliza, además, el cambio se desarrolla más pronto que la competencia, la conversación más que la discusión y el internacionalismo más pronto también que el militarismo.

Acabamos de hablar solamente de las oposi-

ciones-luchas, de esas que tienen lugar entre dos términos simultáneos, cuando se encuentran. En cuanto á las oposiciones-ritmos simultáneos que consisten en términos sucesivos, cualidades ó cantidades, en alza seguida de baja ó en ida seguida de vuelta ó viceversa, poco importa, parece á primera vista, que estos últimos sean menos enigmáticos que los otros, ya que no son parálisis ni destrucciones mutuas de fuerzas. Pero al mirar de cerca, éste va y viene de fuerzas que hacen, una después de otra, el pro y la contra, ó dicen el sí ó el no, es todavía más difícil de comprender que el choque de dos fuerzas que se encuentran y equilibran, porque, al menos, estas interferencias destructivas tienen un carácter accidental, involuntario y sabemos que son casi inseparables de las interferencias creadoras, como la sombra del cuerpo; sin contar que el equilibrio en nosotros y la neutralización recíproca de tendencias contrarias, de sugestiones rivales al exterior, permite á nuestra originalidad natural aclarar este punto, y es quizá una de las mejores justificaciones de la lucha en general. Pero el ritmo parece ser un movimiento normal donde las fuerzas se corresponden por su voluntad, bien se trate del ritmo cualitativo ó del cuantitativo.

Confieso que si hubiera serias razones para pensar que éste va y viene, este balanceo pueril tuvo lugar en gran escala, es decir, que la disolución fué precisamente la inversa de la evolución, la regresión de la progresión y que todo vuelve enseguida á comenzarse indefinidamente sin ninguna orientación de conjunto, sería presa de una desesperación schopenhaue-

riana. Pero, felizmente, no ocurre así, y el ritmo no aparece en todo, el ritmo, un poco preciso, regular verdaderamente, digno de este nombre, sino en los detalles de los fenómenos, como una condición precisa, de su repetición y variación. La gravitación de un astro no se repite sino en virtud misma del movimiento elíptico de ida y retorno; una onda sonora ó luminosa no se repite sino en virtud de un movimiento análogo al anterior y en sentido rectilíneo, circular ó elíptico también; la contracción de un elemento muscular, la enervación de un elemento nervioso no se propaga tampoco en un músculo ó en un nervio, sino mediante un pequeño proceso circular que vuelve á su punto de partida; y recientemente M. de Baldwin ha demostrado que la imitación es también «una reacción circular» y que se la puede definir: «una reacción muscular que busca llegar á los estímulos capaces de volver á traer los mismos estados, que nuevamente tendrán los mismos estímulos y así sucesivamente.» En el libro de donde copio esta cita, extiende este señor la palabra imitación mucho más allá de la acepción que yo le señalaba, y dándole un sentido general, hasta el punto de hacer entrar en él, á la vez, todo el funcionamiento vital y el social, escribe: «El tipo de las reacciones ó repeticiones *circulares,* que nosotros llamamos imitación, es un tipo fundamental, siempre el mismo y común á toda la actividad motriz.» Pero la repetición, el paso regular de los fenómenos, es sólo condición de su itinerario, de su evolución, siempre más ó menos irregular y vistosa cada vez más á medida que se prolonga. Eso supuesto, la ida y el retorno rítmicos

no presentan alguna precisión más que en el paso, de ningún modo en el itinerario. Y en el mismo caso está el ritmo cuantitativo de las alzas y bajas generales, que la estética permite medir en el curso de una civilización en vías de desarrollo.

Lo que es raro en extremo es que el aumento y la disminución comprobadas, siendo iguales á las curvas ascendentes de la riqueza, por ejemplo, del precio de los valores de la Bolsa, de la fe religiosa, de la instrucción, de la criminalidad, etc., se reflejen invertidas en curvas descendentes de igual naturaleza y de igual trazado. Eso es bien conocido por los estadísticos. Ya he indicado en otra parte el carácter irreversible de una infinidad de evoluciones sociales y precisamente las más importantes. No volveré sobre el asunto.

Concluyamos que, bajo sus dos grandes formas, la oposición demuestra y acentúa siempre más su carácter simplemente auxiliar é intermediario; como ritmo, sólo sirve á la repetición directamente, á la variación de una manera indirecta, y desaparece cuando ésta asoma. Como lucha, sólo es buena para provocar la adaptación, de la que vamos á ocuparnos ahora.

CAPÍTULO III

Adaptación de los fenómenos

Las explicaciones dadas en las dos lecciones precedentes nos han preparado para comprender el verdadero sentido de la palabra «adaptación», que expresa el aspecto más importante bajo el cual considera la ciencia al universo. Aquí todavía vamos á ver que la evolución de la ciencia, en no importa qué orden de realidades, consiste en pasar de lo grande á lo pequeño, de lo vago á lo preciso, de lo falso ó superficial á lo verdadero y á lo profundo, es decir, en descubrir ó imaginar, desde luego, una inmensa armonía de conjunto ó diversas armonías exteriores, grandes y vagas, á las cuales se sustituye poco á poco por innumerables armonías interiores, por un número incommensurable de adaptaciones infinitesimales y fecundas. Vamos á ver también que la evolución de la realidad, aquí precisamente inversa, como en otra parte la del conocimiento, consiste en una tendencia incesante de las armonías pequeñas é interiores á exteriorizarse y amplificarse progresivamente. Incidentalmente no dejaremos de observar, como lo hemos hecho anteriormente, que si el progreso del saber

nos ha hecho descubrir armonías nuevas y más profundas, nos ha revelado también muchas armonías inapercibidas y también muy profundas.

Pero, desde luego, comencemos por algunas definiciones ó explicaciones que son necesarias. ¿Qué es, á punto fijo, una adaptación, una armonía natural? Pongamos un ejemplo, fuera de la vida, donde la relación teológica entre el órgano y la función es tan clara que no hay necesidad de explicarla: sea la cuenca de un río, por ejemplo. Se ven una montaña ó una cadena de colinas *adaptada* al curso de las aguas del río y los rayos del sol adaptados á la elevación de las aguas del oceano convertidas en nubes, después los vientos adaptados para el transporte de estas nubes hacia la cumbre de los montes de donde vuelven á caer convertidas en lluvia y alimentan las fuentes, los arroyos y los ríos que desembocan otra vez en el mar. Existe, pues, equilibrio móvil, circuito de acciones en cadenas que se repiten (con variaciones).

Un ser viviente podría decirse que es un circuito semejante, sólo que mucho más complicado y donde la adaptación, además de ser unilateral, como en el ejemplo antes citado, es también recíproca. El órgano sirve para el desempeño de la función viviente y de un modo recíproco la función viviente sirve para la conservación del órgano; pero con respecto á las aguas del planeta, si la montaña está adaptada el curso de las aguas, lejos de servir para conservarla, tiene por efecto irla despojando, y poco á poco hacerla desaparecer. De este mismo modo es como el calor solar está adaptado á la irrigación del suelo. Recordemos que siempre

lo que se repite es la armonía. Acabamos de verlo, demostrémoslo con otros ejemplos. Cada planeta de un sistema solar, considerado mecánicamente, es decir, como un punto que se mueve, presenta el espectáculo de una armonía entre su propensión á girar en torno del sol y su tendencia á desviarse tangencialmente: aquí habría oposición si estas dos fuerzas centripeta y centrífuga tendieran á ejercerse en línea recta; pero como en vez de esto son perpendiculares una á otra, hay adaptación. (Oposición y adaptación se transforman una en otra en la naturaleza) (1). Luego la gravitación del planeta es la repetición, la repetición variada, de esta adaptación mecánica. Considerada también geológicamente y estudiando su composición estratigráfica y físico-química, es una disposición armónica de extractos de superpuestos, y si atendemos las consideraciones que acerca de este tema hace M. Estanislao Meunier, esta disposición se repetiría en cada planeta y se repetiría asimismo en la constitución general del sistema solar; pues un corte teórico de la tierra, dado del centro á la circunferencia, demuestra la existencia de una sucesión de capas incandescentes, después solidificadas, luego líquidas y últimamente gaseosas, cada una necesaria á la siguiente, y esta sucesión es análoga á la de las naturalezas de los astros que conocemos á partir del sol como centro y marchando hasta los límites del siste-

(1) Una tromba, un ciclón, son también una armonía atmosférica, un circuito de acciones debido á la inteligencia de dos fuerzas que no se contrarían sino que se completan en su resultante

ma, hasta Neptuno que es gaseoso. Por lo demás poco nos importa la verdad de esta analogía.

Un agregado cualquiera es un compuesto de seres adaptados, sea simultáneamente los unos á los otros ó en unión á una función común. Agregado significa *adaptado*. Pero, además, diversos agregados que tienen analogía simultáneamente, pueden estar co-adaptados, lo que constituye un adaptado de grado superior. Pueden distinguirse una infinidad de grados en la «adaptación» pero para mayor sencillez distingamos solamente dos. La adaptación de primer grado es la que presenta los elementos del sistema que se considera; la adaptación de segundo grado es la que nos une á los sistemas que les rodean, á lo que se llama con una palabra muy vaga, su medio. La conciliación para sí difiere mucho, en todo orden de hechos, de la conciliación para el prójimo, como la repetición por sí (costumbre) difiere de la repetición para el prójimo (herencia, imitación) como la oposición consigo mismo (vacilación, duda) de la oposición ajena (lucha, concurrencia). Muchas veces estas dos clases de adaptación son, en cierto modo, exclusivas una de otra; en las constituciones políticas se ha notado con frecuencia que las más coherentes entre sí, las más lógicamente deducidas, presentan marcadamente los caracteres de la adaptación de primer grado, siendo las menos adaptadas á las exigencias de su medio tradicional y consuetudinario, y recíprocamente que las más prácticas son las menos lógicas. La misma observación es aplicable á las gramáticas de las lenguas, á las religiones, á las bellas artes, etc.: la

sola gramática perfecta de reglas, sin ninguna excepción es la... del volapück. Es aplicable también á los organismos: los más perfectos casi no pueden vivir y tendrían mejores condiciones para vivir, si fuesen menos perfectos. El perfeccionamiento de la «acomodación» puede perjudicar á su flexibilidad (1).

Indicados estos preliminares, demostremos la verdad de nuestras dos tesis, enunciadas anteriormente. Los partidarios de las causas finales han hecho todo lo que han podido para desacreditar la idea de finalidad. Y no es menos cierto que, desde el momento en que se introdujo esta noción, aun bajo su forma mística, la menos racional, en la concepción del mundo, data el primer balbuceo de la ciencia. ¿En presencia del cielo estrellado que soñó la conciencia primitiva? Una adaptación inmensa, única, quimérica, nacida de la ilusión que se ha llamado geocéntrica: todas las estrellas son *para* la tierra; la tierra y sobre ésta, una villa, una ciudad, son el punto de mira del firmamento que perpetuamente se inquieta por el destino de ser efímero que se llama hombre.

---

(1) Una visión del espíritu, una *idea*, dado el progreso intelectual á partir de esta idea (en general mezcla de error y verdad) puede tener efecto en dos sentidos distintos: 1.°, en el sentido de una adaptación de primer grado solamente, es decir, una armonización gradual de esta idea con ella misma, de su diferenciación y de su cohesión interna (desenvolvimiento de muchas teologías y metafísicas); 2.°, en el sentido de una adaptación de segundo grado, mejor dicho de una armonización gradual de esta idea con las dadas por los sentidos, con lo aportado por la percepción y la inventiva (desenvolvimiento científico). En el primer caso, el progreso consiste con frecuencia en pasar de un error más pequeño á otro mayor.

La astrología ha sido el desenvolvimiento lógico de esta grandiosa é imaginaria adaptación del cielo á la tierra y al hombre. La verdadera astronomía no sólo ha hecho desaparecer esta absurda armonía, sino que ha roto la unidad de la armonía celeste y la ha dividido en otras parciales y hay sistemas solares separadamente coherentes, simétricamente coordinados, pero ligados entre sí por lazos dudosos y vagos, formando grupos de nebulosas informes, constelaciones diseminadas en centelleante desorden.

La razón humana es, ante todo, amante del orden, y por esto ha debido renunciar á buscar en la agrupación total del mundo, en el Cosmos, el más elevado objeto de su admiración, los trazos más marcados de una coordinación divina. Ha tenido que descender al sistema solar, para encontrarlos, y allí, á medida que ha conocido mejor este pequeño mundo, no es tanto el conjunto como los detalles de este hermoso agrupamiento de masas, lo que ha producido su encanto. Más que la relación de los planetas entre sí, que la conexión de cada uno de estos con sus satélites, y más aún sobre la superficie de estos globos, la formación geológica, la dirección de sus aguas, y su composición química, han sido las causas de su sorpresa y lo que le ha revelado la estrecha inteligencia que en ello existe. Ya no es hacia la inmensa cúpula de los cielos á donde se ha de volver de aquí en adelante el alma religiosa para adorar la profunda sabiduría que mueve este mundo; es más bien en el crisol del químico donde debe fijar la mirada para escudriñar el misterio de estas armonías físicas, las más

precisas y maravillosas de todas, más admirables que la confusión que contemplamos en el cielo estrellado: las combinaciones químicas. Si mediante un potente microscopio pudiéramos ver en el interior de una molécula la prodigiosa confusión de los movimientos elípticos ó circulares que probablemente la constituyen, ¡cuánto más fascinador nos parecería que la distribución de las grandes peonzas celestes!

Si del mundo físico pasamos al animado, también podremos comprobar en él que el primer paso de la razón ha sido concebir una grandiosa y única adaptación, la de la creación orgánica completa, animal ó vegetal, á los destinos de la humanidad; su alimentación, su entretenimiento y su precaución por los peligros ocultos. La adivinación augural y la costumbre de echar el dado, comunes en todos los pueblos en las primeras edades, no tienen otro fundamento. Y los progresos del saber no en vano han querido disipar esta ilusión antropocéntrica; ha quedado algo en el error de los instruídos, por mucho tiempo sostenido entre los naturalistas filósofos que representan la serie paleontológica como una ascensión en línea recta hacia el hombre, y consideran cada especie, extinguida ó viviente, como una nota en un gran concierto que llamaban el Plan divino de la Naturaleza, edificio ideal y regular cuya cúspide era el hombre. Penosamente, á fuerza de mentís acumulados por la observación, les ha sido imprescindible abandonar una idea tan querida y reconocer que no hay nada de eso en las grandes líneas de la evolución de los seres, tan ramificada y tortuosa, ni aun en las grandes agrupaciones de sus especies diferen-

tes en una flora ó fauna regionales, á pesar de la notable adaptación revelada por los casos de comensalismo ó las relaciones existentes entre los insectos y las flores de ciertos vegetales, que la Naturaleza manifiesta en su maravillosa potencia de armonía, pero que existe en los detalles de cada organismo. Los *causa-finalistas*, en mi concepto, han comprometido la idea de fin por haber hecho un empleo abusivo y erróneo, pero no excesivo; al contrario, más bien les repruebo el haber hecho poco uso de ella, incompatible con el espíritu de costumbres unitarias que sustentan. Sólo hay un fin en la Naturaleza, un fin respecto del cual todo lo restante es medio; hay multitud de fines que buscan utilizarse mutuamente. Cada organismo, y en cada organismo cada célula, y en cada célula, quizá, cada elemento celular, tiene su pequeña providencia á *sí* y en *sí*. Aquí, pues, como anteriormente, estamos obligados á pensar que la fuerza armónica (de la cual por lo menos la ciencia positiva tiene derecho á ocuparse, sin negar de ningún modo la posibilidad de otra) no es inmensa y única, exterior y superior, sino infinitamente multiplicada, infinitesimal é interna. La fuente, á decir verdad, de todas las armonías vivientes, cada vez menos sorprendentes á medida que se las aleja de este punto de partida y que se abarca más ancho campo, es el óvulo fecundado, la intersección viviente de líneas que se han vuelto á encontrar allí, en un cruzamiento de vez en cuando feliz, principio de nuevas aptitudes que se esparcirán y propagarán á su vez, gracias á la selección de las más aptas ó á la eliminación de las menos aptas. Llegamos al mundo social.

Los teólogos, que han sido siempre los primeros sociólogos, sociólogos sin saberlo, conciben muchas veces la trama de todos los hechos de la historia de los pueblos como convergente, desde los principios de la humanidad hacia el advenimiento de su culto. Leed á Bossuet. La sociología no ha podido librarse del mismo género de preocupaciones por más que intentó hacerse láica. Comte ha transcrito magistralmente el pensamiento de Bossuet, á quien con razón admiraba: para él toda la historia de la humanidad converge hacia la era y el reinado de su positivismo, una especie de neo-catolicismo láico. ¿A los ojos de Agustín Thierry, de Guizot y otros historiadores filósofos, allá por el año 1830, el curso de la historia europea no parecía converger... hacia la monarquía de Julio? En verdad esta no es la sociología fundada por Compte, es una simple *filosofía de la historia* que él nos presenta bajo ese nombre, pero deducida de un modo admirable. Como todos los sistemas que han recibido este nombre, su concepción nos desarrolla la historia humana, esa enredada madeja, ó más bien, esa mezcla confusa de madejas multicolores, bajo el aspecto de una sola evolución, única representación de una especie de trilogía ó de tragedia única, arreglada siguiendo las reglas del género, donde todo se enlaza, donde cada uno de los tres estados encadenados se compone de fases ligadas entre sí, cada anillo adaptado y remachado exclusivamente al que le sigue, donde todo se precipita de un modo irresistible hacia el desenlace de la obra.

Con Spencer ya se ha dado un gran paso hacia una inteligencia más sana de la adapta-

ción social: no es sólo á un drama único, sino á un cierto número de dramas á los cuales es aplicable su fórmula de la evolución social. Los evolucionistas de su escuela, al formular así las leyes del desenvolvimiento lingüístico, del desenvolvimiento religioso, económico, político, moral, estético, entienden también, al menos implícitamente, que estas leyes son susceptibles de regir, no sólo una serie de pueblos á los que se reserva el privilegio de ser llamados históricos, sino todos los pueblos que han existido ó existirán. Solamente bajo la forma múltiple y con las menores dimensiones, estos mismos errores se desvanecen: como el de creer que para ver poco á poco cómo aparece la regularidad, el orden, la marcha lógica en los hechos sociales, es necesario salir de su detalle, esencialmente irregular, y remontarse muy alto hasta abarcar una vista panorámica de vastos conjuntos; que el principio y la fuente de toda coordinación social reside en algún hecho general del que desciende por gradación hasta los hechos particulares, atenuándose singularmente, y que, en suma, el hombre se mueve, pero una ley de la evolución lo guía.

En parte yo creo lo contrario. No es que niegue la existencia entre las diversas y multiformes evoluciones históricas de los pueblos, que corren, como un río por su cauce, algunos puntos comunes; y sé que si varios de estos arroyos ó ríos desaparecen durante su curso, los otros, por una serie de afluentes y á través de mil obstáculos, acaban de confundirse en una misma corriente general que, á pesar de su división en brazos diversos, no parece destinada á fraccionarse en múltiples desembocaduras. Pero al propio tiempo veo que la verdadera causa de este último río al que han dado origen sus afluentes, de esta preponderancia final de una evolución social (la de los pueblos llamados históricos entre todos los demás), es la serie de descubrimientos de la ciencia y los inventos de la industria que han ido acumulándose sin cesar, utilizándose recíprocamente, formando sistema de conjunto, y cuyo efectivo encadenamiento dialéctico, tampoco sin sinuosidades, parece reflejarse vagamente en el de los pueblos que han contribuído á producirlo. Y si pretendemos llegar hasta la verdadera fuente origen de esta gran corriente científica é industrial, la encontramos en cada uno de los cerebros, vulgares ó privilegiados, que han contribuído con una verdad ó un medio de acción nuevos al secular legado de la humanidad, y que con haber aportado estos bienes han hecho más armoniosas las relaciones de los hombres al desarrollar la comunión de sus pensamientos y la colaboración de sus esfuerzos. A la inversa de los filósofos de que acabo de hablar, compruebo que el detalle de los hechos humanos sólo encierra adaptaciones sorprendentes, que allí está el principio de las armonías, menos perceptibles en un dominio más vasto, y que cuanto más se eleva uno de un grupo social pequeño y muy unido, de una familia, escuela, taller, iglesia, convento ó regimiento, á la ciudad, á la provincia, á la nación, la solidaridad es menos perfecta y sorprendente. Generalmente hay más lógica en una frase que en un discurso, y que en una serie ó un grupo de ellos, en un rito especial que en todo un credo;

en un artículo de una ley que en todo un código; en una teoría científica particular que en todo un sistema de ciencia; en cada trabajo ejecutado por un obrero que en el conjunto de su conducta.

Ello es así, observémoslo, á menos que una potente individualidad no intervenga para reglamentar y disciplinar los hechos de conjunto. En este caso (que por otra parte cada vez tiende á ser menos frecuente, porque la civilización se caracteriza por las facilidades que ofrece para que se realice cualquier programa de organización social) no es siempre cierto que la armonía de los agregados esté en razón inversa de su masa; asimismo á menudo (cada vez con mayor frecuencia) lo más voluminoso puede ser lo más armónico. Por ejemplo, la administración francesa, organizada por el despótico genio de Napoleón, estaba por lo menos tan bien adaptada al fin propuesto como puede estarlo cualquiera administración particular, aun de las más pequeñas; la red de caminos de hierro del Estado prusiano está tan bien adaptada á su fin estratégico, como pueda estarlo á sus fines comerciales cada una de sus estaciones; el sistema de Kant, el de Hegel, el de Spencer, son tan coherentes en su disposición general, como lo son cada una de las teorías parciales que les han servido de material. Una legislacion bien codificada puede presentar tanto orden en la coordinación de sus artículos y capítulos como cada una de las leyes parciales que amalgama ahora en sus diversas disposiciones; y, cuando una religión ha sido refundida por una teología vigorosa, el encadenamiento de sus dogmas puede ser ó parecer

más lógico que cada uno de éstos estudiados separadamente. Sin embargo, como es fácil de ver, estos hechos, contrarios en apariencia á los que acabo de enunciar, contribuyen en realidad con ellos á mostrar en el carácter individual la verdadera fuente de toda armonía social. Pues estas hermosas coordinaciones han debido concebirse antes de ser ejecutadas; han comenzado por no existir, sino bajo la forma de una idea oculta en algunas células cerebrales, antes de cubrir un inmenso territorio.

¿Diremos ahora que la *adaptación social elemental* es, en el fondo, la de dos hombres uno de los cuales contesta en palabra ó en acción á la pregunta verbal ó tácita que el otro le dirige? Porque la satisfacción de una necesidad, como así mismo la solución de un problema, es la respuesta á una pregunta; ¿diremos, pues, que esta armonía elemental consiste en la relación que existe entre dos hombres de los cuales uno enseña y el otro se instruye, uno manda y el otro obedece, uno produce y el otro compra y consume, uno es actor, poeta, artista y el otro espectador, lector, ó aficionado? ¿O bien que colaboran juntos en la misma obra? Sí, y aunque esta relación implica la de dos hombres de los cuales uno es modelo y el otro copia, es muy distinto.

Pero á mi parecer, es preciso llevar todavía más lejos el análisis, y como he dicho antes, buscar la adaptación social elemental en el mismo cerebro, en el genio individual del inventor. La invención (entiendo que es la destinada á ser imitada, porque la que queda encerrada en el espíritu no importa socialmente), es una armonía de ideas que es la madre de todas

las armonías de los hombres. Para que haya cambio entre el productor y el consumidor y desde luego para que exista un don en el consumidor de la cosa producida (pues el cambio es el don mutuo y como tal es posterior al don unilaleral) es preciso que el productor haya comenzado por tener á la vez dos ideas, la de una necesidad de consumidor, de donatario, y la de un medio hábil para satisfacerla. Sin esta adaptación interna de dos ideas, la adaptación externa, llamada don, después cambio, no hubiera sido posible. Así como la división de trabajo entre varios hombres que se reparten las diversas partes de una misma operación, que ejecutada antes por uno solo no hubiera sido posible, si éste no hubiera concebido estos diversos trabajos como partes de un mismo todo y como medios para conseguir idéntico fin. En el fondo de toda asociación entre hombres, existe, lo repito, originariameate, una asociación entre ideas de un mismo hombre.

Que no se me objete que esta adaptación de las ideas no merece el nombre de social sino cuando está expresada por una adaptación de los hombres entre sí. Con frecuencia, en efecto, se expresa de otro modo, y parece que este nuevo género de expresión tiende á prevalecer. Después que de un trabajo hecho por un hombre solo, ha sido reemplazado por una división de trabajo entre varios hombres, ocurre frecuentemente que un nuevo invento tiene por efecto que una máquina desempeñe todas las fases de la operación. En ese caso, la división del trabajo, la asociación de los trabajos entre hombres, no ha jugado, entre la asociación de

las ideas en el cerebro del primer iuventor de la obra y la asociación de los resortes en la máquina, sino el papel de término medio. Entonces no es en el grupo trabajador en donde reside la idea del genio se ha materializado tomando forma de pedazos de hierro ó de madera. Y este caso tiende á generalizarse por los progresos de la máquina-factura. Suponed (por imposible) que toda la produción humana se opera por medio de máquinas. Ya no habrá división de trabajo, puesto que habrá muy poco ó casi ningún trabajo, y puede decirse, propiamente hablando, que ya no hay armonía pero habrá unión social; y esta unión, mucho más deseable aún que esa armonía ¿no habrá sido el efecto de aquellas innumerables é infinitesimales adaptaciones cerebrales? ¿Dónde encontrar factores sociales más poderosos que estos hechos, que no fueran individuales?

Acabamos de ver que la evolución de la sociología la ha guiado en todas ocasiones para descender de las alturas quiméricas de causas grandiosas y vagas hasta las acciones reales, infinitesimales y precisas. Demostremos ahora, ó mejor dicho, indiquemos (pues nos falta espacio para una exposición detallada) que la evolución de la realidad social, precisamente inversa á la de la ciencia social, ha consistido en su paso gradual de una multitud de armonías muy pequeñas á un número menor de grandes armonías y á uno mucho menor todavía de las muy grandes, hasta que se llegue en porvenir indefinido á la consumación del progreso social en una civilización única y total, tan armoniosa como fuera posible. Con el bien entendido que esta ley de ensanchamien-

to progresivo no se conceptúe como la tendencia á la difusión imitativa de una invención ó grupo de ellas, esto sería volver á la ley de la imitación, que ya conocemos. Tampoco se trata del aumento incesante que esta irradiación imitativa procura á la armonía social, llamada división del trabajo y que debiera llamarse más bien la solidaridad de los trabajos. Una industria, permaneciendo la misma, sin ningún nuevo progreso, contribuye á la cooperación social que paulatinamente se hace mayor, á medida que, por un lado, las necesidades del consumo, á las cuales responde, y por otro, los actos de producción, por los que lo hace, se propagan por imitación más allá de ta región, desde luego muy reducida, donde tuvo su origen. Por importante que sea el fenómeno de aumento de los mercados, preludio habitual de la federación de los pueblos, lo es mucho más el que aquí tratamos. Verdaderamente, es bien raro que sin ningún progreso intrínseco de la industria, pueda realizarse este progreso intrínseco.

Del progreso intrínseco es del que queremos hablar, es decir, de la tendencia que una invención ó una adaptación social dada, demuestran á complicarse y aumentar adaptándose á otra invención ó adaptación, y producir de esta suerte una nueva adaptación que, por nuevos encuentros y lógicas alianzas del mismo género, la conducirán á un sistema más elevado; y así sucesivamente. Estos dos progresos, el progreso de una invención en *extensión* por su propagación imitativa, y su progreso en *comprensión* en algún modo por una serie de uniones lógicas, son ciertamente muy distintas pero muy lejos de ser inversas (y á pesar de la oposición

habitual de otras consideraciones entre la extensión y la comprensión de las ideas) marchan de frente y son inseparables. Cada alianza cerebral de dos invenciones con una tercera; por ejemplo, la idea de la rueda y la de domesticar el caballo, después de haberse propagado independientemente la una de la otra (quizá durante siglos), se fusionaron y armonizaron con la idea del carro y fué preciso necesariamente, para hacerlas aproximarse en un mismo cerebro, el funcionamiento de la imitación, como ya había sido necesario para la aparición de cada una de ellas, que sus elementos fuesen aportados al espíritu de sus autores por diversas irradiaciones de ejemplos. Mejor dicho, para cada nueva síntesis de invenciones, es preciso en general una irradiación imitativa más vasta que las precedentes. Hay un continuo enlazamiento entre estas dos progresiones: la progresión imitativa uniforme y la progresión inventiva sistemática. Están ligadas una á otra por un lazo que sin duda alguna es poco resistente (pues, por ejemplo, una serie bastante extensa de teoremas arduos, pudo desarrollarse en el cerebro de un Arquímedes ó un Newton sin que les aportaran los elementos que habían conseguido los sabios extranjeros, en el intervalo de estos descubrimientos) pero no nos detenemos (porque es muy frecuente), á contemplar la extensión del plazo social y la abundancia de sus comunicaciones, la amplitud y profundidad de las nacionalidades, sino de los Estados que aumentan, al propio tiempo que la riqueza de las lenguas, la belleza arquitectónica de las teologías, la cohesión de las ciencias, la complejidad y la codificación de las leyes, la

organización espontánea ó la reglamentación de los trabajos industriales, el régimen financiero, la coordinación y complicación administrativas, los refinamientos y la variedad de la literatura y las bellas artes.

No es menos cierto, insistamos una vez más, que es preciso tener cuidado en no confundir, como con frecuencia se hace, el *progreso de la instrucción*, simple hecho de imitación, con el *progreso de la ciencia*, hecho de adaptación; ni el progreso del industrialismo con el progreso de la industria misma; ni el progreso de la moralidad con el de la moral; ni el del militarismo con el progreso del arte militar; ni el progreso de la lengua, entendiéndose por él su extensión territorial, con el progreso del lenguaje, tomando en este sentido el refinamiento de su gramática ó el enriquecimiento de su diccionario. Si la ciencia progresa mientras la instrucción cesa de difundirse más, ocurre lo mismo que si la instrucción se propaga cada vez más mientras que la ciencia permanece estacionaria. ¿Y puede decirse que en ambos casos ha habido, hablando vagamente, progreso de las luces? No, estas dos cosas no pueden valuarse con la misma medida. Cada victoria de la ciencia, cada verdad que se añade á su agregado, (á su *adaptado*) de proposiciones entre ellas armónicas, es, no sólo una adición, sino una multiplicación, una confirmación recíproca. Pero cada alumno nuevo que se agrega á los otros, cada nuevo ejemplar cerebral que se edita de una ciencia enseñada, es sólo una unidad más que se adiciona á las otras. Para ser exactos, reconozcamos que hay en ello algo más que una adición; pues la comunión de inteligencias que de aquí

resulta, consecuencia de la similitud en la enseñanza que se da á los diversos niños, aumenta en cada uno de ellos su confianza (1) en los conocimientos adquiridos y es una adaptación social también y no de las menos preciosas.

Pero antes de ir más lejos, detengámonos para hacer algunas advertencias importantes. En primer lugar, señalemos en qué punto es más clara y precisa la idea de adaptación cuando se pasa del mundo físico como también del viviente al mundo social. ¿Sabemos á punto fijo lo que es la adaptación de una molécula ácida á una molécula básica con la cual se combina, ó lo que es la adaptación de un grano de polen al óvulo que, fecundado por él, dará vida á un nuevo individuo, tronco quizá de una raza nueva? Lo ignoramos. Es cierto que cuando dos ondas sonoras interfieren y en lugar de destruirse se ayudan mutuamente y producen un refuerzo del sonido ó timbre inesperado, tenemos una noción más completa acerca de la naturaleza del fenómeno; pero es que, á decir verdad, este simple refuerzo del sonido ó la misma pro-

(1) Advirtamos de paso que esta semejanza de las enseñanzas es completa en la escuela primaria solamente, que es menor en la segunda enseñanza, á pesar de la uniformidad de los programas del bachillerato, y que es mucho menor aún en las escuelas superiores, donde el libre desacuerdo de las doctrinas es tan frecuente. Y el carácter subordinado y mediador de la contradicción y la discusión, aparece en esto: que de la enseñanza superior, donde ella reina, tiende siempre á descender á la enseñanza secundaria donde está ya menos marcada y á la escuela primaria, donde es nula. Las contradicciones de los sabios no sirven para nada, ó sólo sirven para inutilizar las adaptaciones de las verdades al porvenir, entre los profesores rurales.

ducción del timbre, sólo es una creación original bajo el punto de vista subjetivo de nuestras sensaciones acústicas y no tiene nada de común con el hecho objetivamente innovador de la combinación química. Lo mismo que, cuando dos especies animales ó vegetales al encontrarse se sirven mutuamente de ayuda y de parásito, este caso muy claro de mutualismo viviente da lugar á un simple acrecentamiento de su bienestar y de su propagación y no debe confundirse con el caso de la fecundación que permanece obscuro. Pero cuando una interferencia feliz se produce entre dos irradiaciones imitativas, cualquiera que sean, es siempre transparente para nuestra razón. Puede consistir simplemente en estimularse una á otra (como cuando la propagación del mechero Aüer que favoreció la del gas recíprocamente, ó como la propagación de la lengua francesa favorece la de la literatura francesa que á su vez también le favorece.) Puede también suceder que esta interferencia tenga una eficacia más profunda y provoque una invención nueva, foco de una nueva imitación radiante (como cuando la propagación del cobre al encontrarse un día con la del estaño sugirió la idea de fabricar el bronce, ó como cuando el conocimiento del álgebra y el de la geometría sugirieron á Descartes la expresión algebraica de las curvas.) Pero tanto en el último caso como en el primero, vemos claramente que la adaptación es una relación lógica ó teológica y que trae consigo uno ù otro de los dos tipos: unas veces es como la ley de Newton ó como cualquiera otra ley científica, una síntesis de ideas que antes no parecían confirmarse ni rebatirse y

que ahora se confirman, mutuamente consecuencias de un mismo principio; otras, es, como una máquina industrial cualquiera, una síntesis de acciones que poco antes eran extrañas unas á otras y que luego se combinan por una ingeniosa aproximación formando medios solidarios de un mismo fin. La invención del carro (ya compleja como sabemos), la invención del hierro, de la fuerza motriz, del vapor, del pistón, del rail: tantas invenciones que parecen extrañas unas á otras y que se han reunido en la de la locomotora.

En segundo lugar, que se trate de una síntesis de acciones, de un invento científico ó industrial, religioso ó estético, teórico ó práctico, el procedimiento elemental que lo ha formado es siempre lo que se puede llamar un ayuntamiento lógico. En efecto, cualquiera que sea el número de ideas ó de actos que una teoría ó una máquina sintetice, sólo ha habido dos elementos que á la vez se hayan combinado y adaptado uno á otro en el cerebro del inventor ó de cada uno de los inventores que sucesivamente han colaborado en su formación. (1) En su *Semántica* M. Brèal hizo últimamente, à propósito del lenguaje, una sutil observación que viene en apoyo de esta observación general: «Cualquiera que sea la extensión, dice, de una palabra compuesta, no consta más que de dos términos. Esta regla no es arbitraria: tiende hacia la naturaleza de nuestro espíritu que asocia sus ideas por parejas.»

---

(1) Véase en *Las Leyes de la imitación* el capítulo acerca de las *leyes lógicas de la imitación*, especialmente la página 175, 195 y siguientes; y en la *Lógica social* el capítulo sobre las *leyes de la invención*.

En otro pasaje relativo á las figuras esquemáticas, con las cuales James Darmesteter ha intentado hacer visibles á los ojos la evolución de los sentidos de las palabras siguiendo caminos distintos, el mismo autor escribe: «Es preciso recordar que esas complicadas figuras sólo tienen valor para el lingüista; el que inventa el nuevo significado de una palabra, olvida en el momento todos los sentidos anteriores, excepto uno sólo, de suerte que las asociaciones de ideas se hacen siempre dos á dos.»

Siempre, lo propio que las oposiciones de ideas, lo hemos visto. Sería fácil, pero muy largo, demostrar la generalidad de este procedimiento, tomando sucesivamente sobre el hecho que pretendiéramos estudiar, cada descubrimiento ó perfeccionamiento añadido á un descubrimiento anterior en el orden científico, en el orden jurídico, económico, político, artístico, moral. Indiquemos más bien aquí por qué ello es así, cómo se ha hecho posible y necesario.

Esto ocurre esencialmente á causa de que el paso del espíritu, su marcha elemental, consiste en pasar de una idea á otra, en unirlas las dos por un juicio ó un acto volitivo que expresa la idea del atributo implícita en la del sugeto ó por un acto volitivo que considera la idea de medio como implícita en la del fin. Por otra parte, si el espíritu pasa de un juicio á otro más complejo, de un acto volitivo á otro más comprensivo, es porque á fuerza de repetirse mentalmente, por esta doble forma de imitación de sí mismo que se llama memoria ó hábito, un juicio se agrupa en forma de noción, fusión de sus dos términos unidos y distintos y un acto volitivo, un pensamiento, se transforma en reflejo cada vez menos consciente. Por esta transformación inevitable (que se opera en gran escala, socialmente, bajo los venerados nombres de tradición y costumbre), nuestros juicios antiguos son aptos para entrar como nociones en la sustancia de un juicio nuevo. Desde la operación más baja á la más elevada de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, este procedimiento no cambia nunca; y no hay descubrimiento teórico que sea otra cosa que la unión de un atributo del juicio, es decir, antiguos juicios á un nuevo sujeto, como no hay descubrimiento práctico que sea otra cosa que la unión voluntaria de un medio, es decir, de un antiguo fin querido por el mismo, á un fin nuevo.

Por esta alternativa, á la vez tan sencilla y tan fecunda, de cambios inversos que se suceden indefinidamente, el juicio ó el fin de ayer, haciéndose la simple noción ó el simple medio de hoy, suscitará el juicio ó fin de mañana, destinado él también á decaer á su vez al consolidarse, y así sucesivamente; por ese ritmo social, al propio tiempo que psicológico, se han elevado poco á poco todos los grandes edificios de inventos y descubrimientos acumulados que causan nuestra admiración: nuestros idiomas, nuestras religiones, nuestras ciencias, nuestros códigos, administraciones, organización militar, industrias y artes.

Cuando se considera una de esas grandes cosas sociales, una gramática, un código, una teología, el espíritu individual parece tan insignificante al pie de esos monumentos, que la idea de ver en él el único albañil de esas catedrales gigantescas parece ridícula á ciertos so-

ciólogos, y, sin percibir que se renuncia de este modo á explicarlas, es excusable dejar decir que estas son obras eminentemente impersonales, desde donde no hay más que un paso para pretender, con mi eminente adversario M. Durkheim, que lejos de ser *funciones* del individuo, son *factores* que existen independientemente de las personas humanas, y las gobiernan despóticamente al proyectar sobre ellas su sombra opresiva. Pero, ¿cómo se han hecho (porque si combato la idea del organismo social, estoy muy lejos de contradecir la de cierto *realismo* social sobre el cual habría acuerdo) estas realidades sociales? Veo claramente que, una vez hechas, se imponen al individuo, alguna vez por la violencia, en casos muy raros, lo más frecuente por persuación, por sugestión, por el placer singular que sentimos, desde la cuna, en gustar los ejemplos que nos ofrecen mil modelos que nos rodean, como el niño saborea la leche del seno de su madre. Esto es evidente; pero, ¿cómo han sido construídos esos monumentos de que acabo de hablar, y por quién, sino por hombres y esfuerzos humanos?

En cuanto al monumento científico, quizá el más grandioso de todos los monumentos humanos, no cabe duda alguna. Ese se ha edificado en presencia de la historia y podemos seguir su desenvolvimiento poco más ó menos desde su principio hasta nuestros días. Que nuestras ciencias hayan comenzado por ser una nube de descubrimientos pequeños, esparcidos, sin ninguna unión, que luego se han agrupado (agrupamientos que cada uno de ellos ha sido un descubrimiento nuevo) en pequeñas teorías,

que ellas mismas se han fusionado más tarde en teorías más vastas, confirmadas ó rectificadas por una multitud de descubrimientos, finalmente vueltos á unir por arcadas de hipótesis construidas sobre ellas, por las invenciones del espíritu unitario; que esto sea así, es indiscutible. No hay ninguna ley, teoría científica, ni sistema filosófico que no haya llevado escrito el nombre de su inventor. Todo es ahí de origen individual, no solamente todos los materiales, sino los planos de detalle y de conjunto; todo, aun lo que está hoy en día extendido por todas las inteligencias cultivadas y enseñado en la escuela primaria, comenzó por ser el secreto de un cerebro solitario, desde donde esta pequeña lucecita ha ido esparciendo sus rayos de luz á través de mil contradicciones, hasta que con mayor poder, al extenderse, se ha convertido en una luz brillantísima.

Pero, si es evidente que la ciencia se ha formado de este modo, tampoco es menos cierto que la construcción de un dogma, de una legislación, de un gobierno, de un régimen económico se ha operado del mismo modo; y si existen dudas posibles en lo tocante á idiomas y moral, es porque la obscuridad de su origen y la lentitud de sus transformaciones las ocultan á nuestros ojos durante la mayor parte de su curso. ¡Cuán probable es que su evolución siga el mismo camino! ¿No es por minúsculas creaciones de expresiones imaginadas, por giros elegantes, de palabras nuevas ó de significados nuevos, como nuestra lengua, junto con nosotros se ha enriquecido, y cada una de estas innovaciones, por ser de ordinario anónimas, deja de ser una iniciativa personal imitada pro-

gresivamente? ¿No es debido á estas felices creaciones que pululan en cada lengua como los idiomas en contacto se piden prestado recíprocamente para aumentar su diccionario y favorecer su gramática? ¿No, es por una serie de pequeñas sublevaciones contra la moral establecida ó adiciones pequeñas á sus preceptos, como esta moral sufre lentas modificaciones? ¿Y es que no se pasa, á través de fases sucesivas, de una era muy antigua donde las lenguas eran innumerables, pero muy pobres, hablada cada una por una colonia, una tribu, una villa, donde las morales eran tan numerosas, como diferentes y sencillas, á nuestra época donde un corto número de lenguas muy ricas y de morales muy complicadas, están dispuestas á disputarse la futura hegemonía del globo terrestre?

Hay que convenir con los adversarios de la teoría de las causas individuales de la historia, en que se la ha falseado al hablar en ella de grandes hombres donde debía haberse hablado de grandes ideas, que frecuentemente aparecen en pequeños hombres, y también de pequeñas ideas, é infinitesimales innovaciones aportadas por cada uno de nosotros á la obra común. La verdad es que todos, ó casi todos, hemos colaborado en esos edificios gigantescos que nos dominan y nos protegen; cada uno de nosotros, por ortodoxo que pueda ser, tiene su religión para sí, y por correcto que sea, su lengua para sí, su moral propia; el más vulgar de los sabios tiene su ciencia, el más rutinario de los administradores su arte administrativo. Y, así como tiene su pequeña invención consciente ó inconsciente que aporta al legado secu-

lar de las cosas sociales, tiene también su irradiación imitativa en su esfera más ó menos limitada, pero que es suficiente para extender su hallazgo más allá de su existencia efímera y que sea recogido por los futuros obreros que más tarde lo aprovecharán. La imitación que socializa lo individual, perpetúa por todas partes las ideas buenas, y al perpetuarlas las aproxima y las fecunda.

¿Se dirá, acaso, que dada la naturaleza eterna de las cosas en presencia del espíritu humano también persistente, la ciencia humana deba, tarde ó temprano, llegar, no importa por qué camino de descubrimientos individuales, al punto en que nosotros la vemos ó en que la verán nuestros nietos, que su forma futura clara y gloriosa, estaba ya predestinada desde las primeras percepciones del cerebro salvaje, y que de este modo el accidente del genio, el papel del individuo, importa poco ó va perdiendo cada día su importancia á medida que uno se aproxima á esta realidad ideal, platónicamente atractiva, que deja adivinar sus contornos? Pero, esta objeción si fuera verdadera debería estar generalizada, y ¿se originaría por un encadenamiento cualquiera de satisfacciones y necesidades, nacidas alternativamente las unas de las otras, un irresistible atractivo de yo no sé qué efluvios divinos, invisiblemente imperiosos, conduciría de un modo inevitable á la humanidad al mismo término político, económico ú otro cualquiera, á la misma constitución, á la misma industria, lengua y legislación final? Hasta aquí, nada más contrario á los hechos que esta proposición; pues cuanto

más se han desarrollado las civilizaciones que imperan en la tierra, la civilización cristiana, la budista, la islámica, más se han acentuado su originalidad y diferencias. Sin embargo, por lo que me agradaría esta manera de ver, es por ser idealista, pero no lo es bastante y, además, lo es mal. Sólo hay una idea ó un corto número de ideas, situadas en el aire, que mueven el mundo; y hay millares de miles que luchan por la gloria de haberlo gobernado. Estas ideas que agitan el mundo, son las mismas que hacen lo propio con sus actores: cada uno de ellos ha batallado por hacer triunfar la suya, sueño de reorganización local, nacional ó internacional,que se desarrollaba al realizarse, como, aun desvaneciéndose, algunas veces se amplificaba. Cada individuo histórico ha tenido en proyecto una nueva humanidad, y todo su ser, todo su esfuerzo individual ha sido para la afirmación de este fragmentario universal que contenía su apreciación. Y de este sinnúmero de ideas, de estos grandes programas patrióticos ó humanitarios, del que cada uno con sus adeptos sostienen su bandera en la lucha de la humanidad, finalmente, es posible que queden desgarradas y sólo una ondée después de la refriega, una sola sobre millares de vencidos, pero tambien esta misma habrá sido individual en su origen, fruto en otro tiempo del cerebro ó del corazón de un hombre; consiento en ello y acepto que su triunfo fuera necesario, pero su necesidad, que se revela fuera de tiempo, que de antemano nada ha previsto, ni podido preveer con certeza, no es más que la expresión verbal de los esfuerzos individuales puestos al servicio de esta concepción individual.

Causa final y causas eficientes se confunden ahora, y no hay lugar para distinguirlas.

Y es porque toda construcción social tiene como materiales y planos los que le aportan los individuos, y en estos yo no sabría admitir ese carácter de violencia dominadora y soberana que ha estado considerado como el atributo esencial y propio de la realidad social. Si ello fuera así, esta realidad no sería creida nunca, esos monumentos no habrían podido edificarse, pues, á cada uno de sus acrecentamientos sucesivos por la inserción de una innovación, palabra nueva, nuevo proyecto de ley, teoría científica, procedimiento industrial, etc., no es por la fuerza como una novedad se introduce, sino por la persuación y la sugestión moderadas. Veamos cómo ocurre esto en las ciencias. Una teoría es discutible en ellas por largo tiempo en la enseñanza superior, antes de propagarla en la forma de hipótesis más ó menos probable; después pasa á la segunda enseñanza donde se confirma más resueltamente; pero generalmente sólo cuando llega á la primera enseñanza es donde se dogmatiza por completo y ejerce, ó procura ejercer, en el espíritu de los párvulos, que además se prestan á ello con la mejor volutad del mundo, la acción coercitiva, de ningún modo despótica, de la cual se habla. Esto significa, en otros términos, que es en virtud de su persuasividad antes que por su imperiosidad, como se establece la propagación imitativa. Lo propio en una novedad industrial que se extiende: es el capricho de un potentado antes que ser una necesidad pública y formar parte de lo indispensable, pues el lujo de hoy es lo indispensable de mañana, por la misma

razón que la enseñanza superior de hoy es la segunda enseñanza ó la primera de mañana.

El tema de la adaptación social exige un estudio variado y completo; lo he bosquejado en mi libro titulado *Lógica social*, y me permito llamar la atención del lector sobre dicha obra, pues es preciso limitarse. No insistiría más acerca de esta nota, por desgracia muy evidente; que, cuanto más múltiples y precisas son las adaptaciones, más inadaptaciones sociales se revelan, dolorosas, enigmáticas, justificación de tantas quejas. Sin embargo, estamos obligados á decir por qué las armonías naturales, lo propio que las simetrías naturales, son rara vez perfectas, por qué se mezclan siempre ó se evaden de las inarmonías y las disimetrías que contribuyen por sí mismas á veces á la formación de oposiciones y adaptaciones más intensas. Esto ocurre porque la oposición y la adaptación perfectas son los dos extremos de una serie infinita entre las cuales se interponen innumerables posiciones. Entre la confirmación absoluta de una tesis por otra y la contradicción de ambas, hay una infinidad de grados de creencia afirmativa y negativa. Una pregunta seguida de una respuesta: he aquí la invención. Pero á una pregunta dada, son posibles mil respuestas cada una más exactas y completas. A esta pregunta: la necesidad de ver, sólo hay el ojo humano que haya respondido en la naturaleza, y existen todos los ojos de insectos, pájaros y moluscos. A esta pregunta: la necesidad de fijar la palabra, sólo ha habido el alfabeto fenicio que ha respondido.

Esto sucede porque en el fondo de toda sociedad hay una multitud de respuestas grandes ó pequeñas para las preguntas y una multitud de preguntas nuevas que surgen de las mismas respuestas, como existe también un número considerable de luchas pequeñas ó grandes entre los partidarios de soluciones diferentes. La lucha es el choque de armonías, pero este encuentro no es, por cierto, la sola conexión de las armonías; su relación más frecuente es el acuerdo. A cada momento, bien al trabajar, bien al hablar, no importa de qué, experimentamos una necesidad y la satisfacemos, y es ésta serie de satisfacciones y soluciones, lo que constituye el trabajo ó el discurso, del mismo modo que la política interior ó exterior, la diplomacia y la guerra, todas las formas de la actividad humana. Esos son los esfuerzos, incesantemente repetidos, de los individuos de una nación, para adaptar su lenguaje á su pensamiento de momento (1), y que tienen por efecto modificar y transformar poco á poco las lenguas y dar origen á otras nuevas. Si se hubiera formado un registro, como intentó hacerlo en un rincón de Charente el abate Rousselot, de todos esos esfuerzos sucesivos, se podría decir el número exacto de *adaptaciones lingüísticas elementales*, de las cuales una modificación del sonido ó del significado de las palabras, es la integración. Para adaptar sus dogmas y sus preceptos religiosos á sus conocimientos y necesidades; para adaptar también sus costumbres y leyes, hasta su moral, los individuos, especialmente aquellos que se sienten más inadaptados á su medio sino á ellos mismo, hacen esfuerzos incesantes que tienen

(1) Véase la *Semántica*, de M. Breal.

por resultado formar pequeños grupos de hallazgos acumulados (1). Y de tiempo en tiempo, surge algún gran inventor.

Las inarmonías son para las armonías lo que las disimetrías á las simetrías, lo que las variaciones para las repeticiones. Según esto, solamente del seno de las repeticiones precisas, de las oposiciones claras, de las armonías íntimas, nacen los contrastes más característicos de la diversidad, de lo pintoresco, del desorden universal, como las fisonomías individuales. Es poca cosa, y muy transitoria, una fisonomía de hombre ó de mujer, afinada por la vida social, por la vida de imitación intensa, complicada y continua.

(1) Si se quiere hacer de la sociología una ciencia verdaderamente experimental é imprimirle un marcado sello de precisión, es necesario, en mi concepto, generalizar, con la colaboración de un gran número de observadores decididos, el método del abate Rousselot en su parte esencial. Suponed que veinte, treinta, cincuenta sociólogos, nacidos en regiones diferentes de Francia ó de otros países, resumen, cada uno aparte, con el mayor cuidado y minuciosidad posible, la serie de las pequeñas transformaciones de orden político, económico, etc., que ha podido observar en su pueblo ó ciudad natal, y desde luego en la sociedad que le rodea; suponed que en lugar de las grandes generalidades, van anotando en pequeño las manifestaciones individuales de una alza ó baja de fe religiosa, ó de fe política, de moralidad ó inmoralidad, de lujo, de confort, de una modificación de la creencia política ó religiosa que han tenido lugar en su presencia desde que tienen uso de razón en su propia familia, desde luego, y entre sus amigos; suponed que se esfuerzan como el distinguido lingüista antes citado, por remontarse hasta el origen individual de las pequeñas disminuciones, aumentos ó transformaciones de ideas y de tendencias que se han propagado en un determinado grupo de personas y que se traducen por imperceptibles variaciones en el lenguaje, en los ademanes, la *toilette* ó en cualquiera otra costumbre; suponed esto y veréis cómo del conjunto de semejantes *monografías*, eminentemente instructivas, se desprenderían importantes verdades, cuyo conocimiento sería muy útil, no sólo al sociólogo, sino también para el hombre de Estado. Estas monografías *narrativas* se diferenciarían notablemente de las monografías *descriptivas* y estarían mucho más ilustradas. Estos son los *cambios* sociales que se trata de sorprender en lo más íntimo y sutil para comprender á los *estados* sociales; la proposición inversa no es cierta. En vano se acumularán testimonios de estados sociales de otros países del mundo; la ley de su formación no aparecerá; más bien desaparecerá bajo el peso de los documentos amontonados. Pero el que conociera bien en detalles precisos el cambio de las costumbres sobre determinadas particularidades durante diez años en un mismo país, no tardaría en encontrar la fórmula general de las transformaciones sociales y por consiguiente de las formaciones sociales también aplicables á todo país y en todo tiempo. Sería conveniente, para tal investigación, proceder, siguiendo el sistema de los cuestionarios, desde luego, muy limitado; se podría preguntar, por ejemplo, en ciertas regiones rurales del Mediodía, por quién y cómo se introdujo y difundió entre los campesinos la costumbre de no saludar nunca á los propietarios pudientes, de su vecindario, ó bajo qué influencias comienza á perderse la fe en la hechiceria de determinados sortilegios.

Sin embargo, nada tiene tanta importancia como este matiz fugaz. Y el pintor no ha perdido su tiempo, si ha conseguido fijarlo, ni el poeta ó el novelista que lo han hecho revivir.

El pensador no tiene derecho á sonreirse de sus prolongados esfuerzos por comprender esta cosa casi incomprensible, que no lo ha sido ni lo será jamás. Allí no hay ciencia de lo individual, pero hay arte. Y el sabio, al soñar que la vida universal está detenida por completo en la florescencia de la individualidad de las personas, deberá considerar, con una modestia

un tanto envidiosa, la labor del artista, si éste mismo, al imprimir su sello personal á su concepción general de las cosas, no le daba siempre un valor estético, verdadera razón de ser de su pensamiento.



Conclusión

Ya es hora de acabar; pero, al terminar, resumamos las conclusiones principales á las cuales hemos llegado, y busquemos la significación de su aproximación. Hemos visto que toda ciencia vive de semejanzas, de contrastes ó de simetrías, y de armonías, es decir, de repeticiones, de oposiciones y adaptaciones, y nos hemos preguntado cuál era la ley de cada uno de estos tres términos así como también qué relación existía entre ellos. Hemos visto que, á pesar de la inclinación natural, y *á priori* tan legítima en apariencia á unirse á los fenómenos más grandes, más voluminosos y de más prestigio, para explicar los menos visibles, el espíritu humano ha sido irresistiblemente guiado á encontrar el principio de las cosas, en todo orden de hechos, en los más ocultos y cuya fuente, á decir verdad, continúa siéndole ignorada. Esta comprobación debería causarle una gran sorpresa, pero no ha sido así, de tal suerte la costumbre de la observación científica nos ha familiarizado con el trastorno del orden soñado por el naciente pensamiento. La ley de la

repetición, pues, ya se trate de la repetición ondulatoria y gravitatoria del mundo físico, ó de la repetición hereditaria y habitual del mundo, viviente ó de la repetición imitativa del mundo social, es la tendencia á pasar por vía de amplificación progresiva de un infinitesimal relativo á un infinito retativo. La ley de la oposición no es tampoco distinta: consiste en una tendencia á amplificarse en una esfera siempre progresiva, á partir de un punto viviente. Este punto, socialmente, es el cerebro de un individuo donde se produce por una interferencia de destellos imi tativos procedentes del exterior, una con tradicción de dos creencias ó de dos deseos. Tal es la oposición social elemental, principio inicial de las guerras más sangrientas, lo propio que la repetición social elemental, es el hecho individual del primer imitador, punto de partida del inmenso contagio de la moda. La ley de la adaptación, por fin, es también parecida: la adaptación social elemental es la invención individual destinada á ser imitada, es decir, la interferencia feliz de dos imitaciones, en un solo espíritu, desde luego; y la tendencia de esta armonía completamente interna en su origen, es, no sólo á exteriorizarse al esparcirse, sino también á aparejarse lógicamente, gracias á la difusión imitativa, con otra invención y así sucesivamente, hasta que por complicaciones y armonizaciones sucesivas de armonías, se elevan esas grandes obras colectivas del espíritu humano, una gramática, una teología, una enciclopedia, una teoría de derecho, una organización natural ó artificial del trabajo, una estética, una moral.

En resumen, es cierto que todo procede de lo infinitesimal, y, añadamos, es probable que todo vuelva. Esto es el principio y el fin. Todo lo que constituye el universo visible, accesible á nuestras observaciones, sabemos que todo procede de lo invisible y de lo impenetrable, de una nada aparente, de donde sale toda realidad, inagotablemente. Si reflexionamos en ese extraño fenómeno, nos sorprenderemos de la potencia del prejuicio, á la vez popular y científico, que hace mirar por todo el mundo, por un Spencer, lo mismo que por cualquiera, lo infinitesimal como insignificante, es decir, homogéneo, neutro, sin nada de característico ni espiritual. ¡Desarraigable ilusión! Tanto más inexplicable cuanto que nosotros, como todo ser, estamos destinados á volver á entrar próximamente, por la muerte, en ese infinitesimal de donde hemos salido, en ese infinitesimal tan menospreciado. ¿Qué puede haber en el fondo? ¿Quién lo sabe? Todo el más allá, asilo póstumo, inútilmente buscado en los espacios infinitos...

Como quiera que sea. ¿Qué razón tenemos para juzgar *á priori*, no conociendo más que el mundo elemental, que el solo mundo, el visible, el mundo espaciado y voluminoso es la escena del pensamiento, el juez de los fenómenos variados y vivientes?
¿Cómo podemos suponerlo cuando vemos á cada instante salir un ser individual, con su fisonomía propia y radiante, del fondo de un óvulo fecundado, del fondo de una parte de ese óvulo, de una parte que se va circunscribiendo y desvaneciéndose á medida que se la mira, hasta no sé qué punto inimaginable? Ese pun-

to, origen de tal diferencia, ¿cómo juzgarlo el mismo á su vez indiferenciable? Comprendo que se objetara: la supuesta ley de la instabilidad, de lo homogéneo. Pero no sólo es falsa y arbitraria, sino que ideó exprofeso para conciliar con el hecho de creer indiferenciable en sí lo indistinto á nuestros ojos, la evidencia de las diversidades de los fenómenos, las exuberantes variaciones, vivientes, psicológicas y sociales. Lo cierto es que sólo heterogéneo es inestable, y lo homogéneo esencialmente estable. La estabilidad de las cosa está en razón directa de su homogeneidad. La sola cosa perfectamente homogénea (ó que parece serlo) en la Naturaleza, es el espacio geométrico, que no ha cambiado nada absolutamente desde Euclides hasta hoy. ¿Quiere decir esto que el más insignificante germen de heterogeneidad introducido en un agregado homogéneo, es como la levadura en la pasta, que provoca en ella diferenciación creciente? Protesto: en un país de ortodoxia, de unanimidad religiosa ó política, la introdución de una herejía, ó de una disidencia, tiene más probabilidad de ser reabsorbida ó expulsada antes de poco, que de crecer á expensas de la Iglesia ó de la política reinante. Yo no niego la ley de diferencia en sus aplicaciones orgánicas ó sociales, pero se tiene una idea tan errónea á cerca de ella que impide ver la ley de uniformación con la cual se mezcla y entrelaza. En realidad, la diferencia de que quieren hablar es más bien la adaptación que nosotros conocemos; por ejemplo, la división del trabajo en las sociedades no es más que la asociación ó la co-adaptación progresiva de los diversos trabajos, por invenciones sucesivas. Primitivamente circunscrita á la familia, fué repitiéndose y amplificándose sin cesar, al extenderse á la ciudad desde luego, donde las diversas familias, en otro tiempo semejantes entre sí, pero diferenciadas interiormente, se convirtieron en disemejantes las unas á las otras, pero separadamente son más homogéneas; pues llegan á ser nacional é internacional. No es, pues, cierto, que la diferencia vaya creciendo, pues á cada instante, si aparecen nuevas diferencias, otras más antiguas se desvanecen; y si tenemos en cuenta esta consideración, nos convenceremos de que no tenemos razón para pensar que la suma de las diferencias, si pudiéramos sumar las cosas que no tienen medida común, haya aumentado en el universo. Algo más importante que un simple aumento de diferencias se realiza incesantemente: la diferenciación de la misma diferencia. Aun el cambio mismo experimenta en sí otro, pues de una era de diferencias crudas y yuxtapuestas como colores chillones y mal combinados, nos encamina á otra era de diferencias armónicamente matizada. Cualquier cosa que se pueda pensar de este designio, parece menos inconcebible que la hipótesis de una substancia homogénea sometida desde la eternidad á la disciplina niveladora y coordinatriz de las leyes científicas, que haya nunca podido existir un universo semejante al nuestro, deslumbrante por tan gran lujo de sorpresas y caprichos. De lo perfectamente semejante y perfectamente ordenado ¿qué hubiera podido nacer sino este mundo, eterna é inmensamente vulgar?

Además, á esta concepción corriente que des-

cribe al universo como formado por una nube infinita de elementos en el fondo todos semejantes, de donde brota la diversidad sin saber cómo, me permito oponer mi concepción particular que lo representa como la realización de una multitud de virtualidades elementales, (1) cada una característica y ambiciosa, llevando cada una en sí su universo distinto, su universo que para sí ha soñado. Pues se frustran infinitamente más proyectos elementales que se realizan, y es porque entre los proyectos que concurren, entre los programas rivales, más bien que entre los seres, entre los que tiene lugar la gran lucha por la vida, combate que elimina á los menos adaptados. De suerte, que el misterioso subsuelo del mundo de los fenómenos, sería tan rico en diversidades, pero diversidades distintas, como la capa de las realidades superficiales.

Pero, después de todo, esa metafísica que indico importa poco á la exposición que la ha precedido, y la emito entre paréntesis sólo porque, aun rechazada, deja en pie las consideraciones más sólidas y positivas indicadas anteriormente. Permite solamente comprender bajo un mismo punto de vista las dos clases de verdades, en apariencia extrañas unas á otras, que hemos recogido durante nuestro camino: á saber, las que tienen analogía con la progresión regular de las repeticiones, de las luchas, de las armonías universales, aspecto regular del mundo, alimento de la ciencia, y las que son

(1) Véase en mi obra *Pruebas y combinaciones* (Stork y Masson, París-Lyon, 1895), el capítulo titulado *Monadología y Sociología*.

relativas al aspecto irregular del mundo, aspiración eterna del arte, representación de lo diverso, de lo pintoresco, de lo desordenado, gracias al funcionamiento de la asimilación, de la simetrización y la armonización universales. Nada más fácil de comprender que esta anomalía aparente, si se supone que la originalidad de los fenómenos de las cosas trabaja, no para borrarse, sino para dilatarse y brillar en lo alto. Desde entonces todo tiene explicación; y así como las relaciones mutuas de nuestros tres términos, repetición, oposición y adaptación son fácilmente inteligibles cuando se considera la repetición progresiva como funcionando al servicio de la adaptación que ella esparce y que, por sus interferencias desarrolla, en favor de la oposición á su vez, interferencias de otra especie; lo propio puede creerse que las tres colaboran juntas en la difusión de la variación universal, bajo sus formas individuales y personales, más elevadas, más grandiosas, más profundas.

(Octubre, 1897.)

FIN